



KEITH LUGER

MUERTE A SANGRE FRIA



Frank Connors entró en su oficina con una mano en la cabeza. Cerró los ojos y se tambaleó.

Tuvo que apoyarse en la mesa donde se encontraba su secretaria Susan Martin. Ella, una joven de veintitrés años, morena, bonita, dio un suspiro y dijo:

—¿En qué juerga cogiste esa jaqueca?

—No seas cruel, Susan.

—Entiendo. Fue una rubia. Y ella te pegó con una botella.

Frank abrió un ojo, el derecho.



Keith Luger

Muerte a sangre fría

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1012

ePub r1.0

Lds 01.02.18

Título original: *Muerte a sangre fría*

Keith Luger, 1969

Cubierta: Antonio Bosch

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Frank Connors entró en su oficina con una mano en la cabeza. Cerró los ojos y se tambaleó.

Tuvo que apoyarse en la mesa donde se encontraba su secretaria Susan Martin. Ella, una joven de veintitrés años, morena, bonita, dio un suspiro y dijo:

—¿En qué juerga cogiste esa jaqueca?

—No seas cruel, Susan.

—Entiendo. Fue una rubia. Y ella te pegó con una botella.

Frank abrió un ojo, el derecho.

—Susan, te vas a ir al infierno por tener esos malos pensamientos. No hubo juerga. No hubo rubia.

—¿Y qué fue entonces, amado jefe?

—¿Qué iba a ser? Mi declaración de impuestos.

—No sabía que los pagases.

Frank levantó un dedo y fue a soltar una sarta de improperios, pero ella lo interrumpió:

—Frank Connors, te va a doler más la cabeza.

—Si no me traes una aspirina antes de dos minutos, quedas despedida.

La joven abrió un cajón y, un segundo después, tenía una aspirina en la mano. —¿Te pongo también el agua, jefe?

—¡Sí!

Susan se levantó y fue al lavabo que estaba en una pequeña habitación, Frank la siguió con la mirada. Susan vestía una minifalda gracias a la cual podía lucir sus hermosas piernas.

Ella salió, se detuvo en el hueco y dijo:

—¿Ya miraste bastante mis remos? Tú eres el que se irá al infierno. Sólo me hiciste ir por el agua para echarme una mirada.

—Me pregunto cómo te he soportado seis meses.

—Yo sé la razón.

—¿Ah, sí?

—Soy más tonta que las demás secretarias que tuviste. Ellas eran chicas finas que no querían tratar con cierta clase de tipos.

—Muy bonito. Conque ahora pertenezco al hampa.

—Frank, ¿por qué no eres un detective como Rock Lander o John Sullivan? Ellos están al servicio de grandes Compañías y ganan buenos sueldos.

—Sí, y tienen que hacer cosas muy sucias, como investigar a los empleados y pegar el soplo todos los días al amo que les da el pan. No, gracias.

—Oh, claro, claro. Lo tuyo es mucho mejor... ¡Dios mío! Esta semana tuvimos tres clientes y todos ellos están fichados por la policía.

—Son amigos.

—Sí, eso es lo malo que son amigos. Por eso no me extraña que estés siempre metido en líos y que los de la poli te tengan en su lista negra.

—Algún día tendremos una rica heredera como cliente.

—Eso sólo es un sueño.

—Oye, aumenta la dosis porque aumentaste la jaqueca. Que sean dos aspirinas.

—Cógela tú con tus manitas. No me agacharé delante de ti. Ya viste demasiado, sádico.

Frank ingirió las dos aspirinas, la que Susan tenía en la palma de la mano y la que él tomó del cajón.

En ese momento se abrió la puerta bruscamente y entró una joven, morena, de unos veinticinco años. Parecía asustada.

—¿Señor Connors?

—Soy yo.

—Lo necesito.

—¿Para qué?

—Para que investigue un crimen.

—Un momento... Un momento.

La joven abrió su bolso y sacó un fajo de billetes.

—Aquí tiene tres mil dólares.

—Señorita, no se precipite.

—Es que tengo mucha prisa.

—¿Por qué?

—Porque me persiguen.

—¿Cuál es su nombre?

—Stella Roberts.

—Señorita Roberts, será mejor que continuemos hablando en mi despacho.

—Por favor, no hay tiempo.

Frank fue a su lado y la tomó por el brazo.

—Estaremos más tranquilos en mi despacho.

—Como usted quiera, pero no podemos perder un minuto.

Frank la empujó suavemente hacia su oficina. Antes de entrar, volvió la cabeza y miró a su secretaria. Susan estaba con la boca abierta.

—Continúe su trabajo, eficiente secretaria.

Le indicó un sillón a Stella Roberts y él ocupó el suyo, detrás de la mesa. —Ha dicho que debo investigar un crimen, señorita Roberts.

—Sí.

—¿A quién mataron?

—A mi prima.

—¿Su prima?

—Se llamaba Margaret Roberts.

—¿Quién la ha matado?

—El esposo de Margaret. James Wilson.

—¿Y cuándo mató James Wilson a su prima Margaret?

—El sábado último.

—¿Dónde?

—En la cabaña de mi prima, junto al lago Indio...

—¿Intervino la policía?

Claro que no.

—¿Por qué no?

—Porque James la mató en secreto.

—¿Y dónde está el cadáver de Margaret?

—Enterrado. Yo vi cómo James cavaba la fosa con ayuda de la otra mujer.

—¿La otra mujer?

—La que hicieron pasar por mi prima.

—Eh, señorita Roberts, ¿por qué no habla usted más despacio? Tengo que entenderla bien para hacerme cargo del caso.

—Pero es que no tenemos tiempo. Ellos pueden llegar de un momento a otro. Verá, le enseñaré las fotografías y lo comprenderá todo.

Abrió el bolso, sacó dos fotografías y se las alargó a Frank por encima de la mesa.

—Aquí las tiene.

Frank Connors miró las fotografías. Eran dos mujeres distintas.

—¿Cuál de ellas es su prima?

—La de la foto estudio.

Frank observó la foto a la que la joven se refería. Solamente se veía la cara y un poco del busto. Margaret era morena, de ojos negros, atractiva, de labios carnosos. En la otra fotografía aparecía una mujer de cabello rubio y ojos claros. Estaba en bañador en el borde de una piscina.

—Esa fotografía la saqué yo —explicó Stella Roberts—. Ella estaba distraída. No podía conseguirla de otra forma. Me metí entre un seto y me arrodillé. Antes había preparado la máquina.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Según James, es Margaret.

—¿Qué?

—La hizo pasar por Margaret, pero ya ve que no puede ser Margaret. Porque es muy distinta.

—¿Cuándo la hizo pasar por Margaret?

—Todo empezó el viernes, el día antes que matasen a Margaret. Yo estaba en la terraza, cerca de la cabaña del lago Indio. Margaret y James habían salido en el coche a Indian Falls. De pronto les oí llegar y James salió del auto con esa chica de la fotografía, la del bañador, con la mayor naturalidad. James escancié *whisky* en dos vasos. Yo estaba esperando que James me presentase a aquella mujer que veía por primera vez. Y de pronto se dirigió a ella y dijo: «Aquí tienes tu *whisky*, Margaret». Se sentaron. Yo creí que su amiga se llamaba Margaret casualmente, como mi prima. Los dos bebieron tranquilamente y entonces yo me volví hasta James y le dije: «¿No me presentas a tu amiga, James?». El pareció quedarse muy

sorprendido y dijo: «¿A quién te tengo que presentar?». ¿Se lo imagina, señor Connors?

—Sí, creo que sí. ¿Y qué pasó después?

—Yo le dije a James: «No conozco a esta señorita». Y James me contestó: «¿Qué señorita? Aquí no hay nadie más que tu prima Margaret, tú y yo...». ¿Se da cuenta, señor Connors? Según James, la rubia era mi prima. Yo continué: «James, ¿qué clase de broma es ésta?». «No te entiendo, Stella», contestó él... Señalé con el dedo a la rubia. «¿Quién es, James?». Entonces fue ella la que me respondió. «Stella, ¿qué tontería se te ha metido en la cabeza? Soy Margaret, tu prima...». No pude resistirlo más. Me levanté... «¡Ya basta!», grité. Me fui a mi habitación. Pensé que, efectivamente, se trataba de una broma de muy mal gusto... A la hora del almuerzo quise salir de mi habitación, pero habían cerrado la puerta con llave... No podía saltar por la ventana. Estaba demasiado alta... Me habría matado. Empecé a preguntarme qué significaba aquello... Al cabo de un rato abrieron la puerta... Era James y me dijo: «Querida, ¿te encuentras mejor?». Yo le pregunté: «¿Por qué me habéis encerrado?». Y James me respondió: «Nos has dado miedo, querida Stella. Estuviste tan rara hace un rato. Te empeñaste en que Margaret no era Margaret». Yo me puse más furiosa... Le dije: «James, quiero ver a Margaret». Y él me contestó. «Claro que sí, Stella, la vas a ver»... Bajamos al comedor. Y allí estaba la rubia. Se había cambiado de vestido, llevaba uno de mi prima Margaret. Pero era la misma desconocida, esa mujer que ve usted ahí en bañador... Ella me saludó con una sonrisa: «¿Ya se te pasó, primita?». Quise abofetearla, pero me contuve... «¿Dónde está Margaret?», pregunté. James señaló a la rubia con el dedo: «Ahí la tienes, Stella»... Di media vuelta y eché a correr. Quería escapar de allí... Pero sólo había un auto, el de James. Logró llegar a la cochera, pero entonces apareció James y me sujetó por el brazo. «¿Adónde vas?». «A la policía», le contesté. Y él me preguntó: «¿Para qué quieres a la policía, querida?». Yo le respondí: «Quiero que busquen a Margaret, a mi prima... «No te preocupes, querida —me dijo—, no hace falta que vayas a la policía. Tú misma puedes llamarla por teléfono y ella vendrá aquí. Recuerda que hay un comisario en Indian Falls»... Fuimos otra vez a la casa y llamé por teléfono a la comisaría. Hablé personalmente con Jack Grant, el comisario, y le dije que lo

necesitaba urgentemente.

—¿Fue el comisario?

—Sí. Y entonces ocurrió lo increíble.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—James le abrió al comisario. Los dos entraron en el comedor y Jack Grant saludó a la desconocida, diciendo: «¿Cómo está, Margaret?»... Me quedé asombrada y grité:

«¡Comisario, ella no es Margaret!»... Entonces James dijo: «Perdone, comisario, pero mi prima Stella no se encuentra muy bien hoy». En ese momento sonó el interfono, y Frank manejó la llave.

—¿Qué pasa, Susan?

—Jefe, aquí hay dos personas preguntando por tu cliente.

—Lo siento, no puedo atenderlos.

—Dicen que es urgente y que entrarán ahí con o sin tu permiso.

La joven dio un grito.

—¡Son ellos!

—¿Ellos?

—James y el doctor.

—¿Qué doctor?

—Un... un... un siquiatra.

¿Qué pinta en todo esto un siquiatra?

—¿Es que no se da cuenta, señor Connors? ¡Me quieren hacer pasar por loca!

—¿Cómo?

—Se lo juro. Es eso lo que intentan.

—¿Por qué?

—Para quedarse con mi dinero.

La puerta se abrió dando paso a dos hombres. Uno de ellos, que frisaba en los treinta y cinco años, de rostro bien parecido, dijo:

—Soy James Wilson, señor Connors. Me acompaña el doctor Ken Burton, que está atendiendo el desequilibrio mental de Stella.

CAPÍTULO II

El doctor Ken Burton era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de talla mediana, robusto, casi calvo. Defendía sus ojos con lentes de alta graduación.

—Señorita Roberts, ¿por qué escapó?

—¡No me toque!

—No voy a tocarla. Le dije que se echase en el diván mientras yo hacía unos preparativos.

—¡No estoy loca, doctor...! ¡No estoy loca!

—Nadie le ha dicho que lo esté. Sólo le estoy haciendo un examen. Hago muchos durante el día, y casi todos mis olientes son personas normales...

—Usted piensa que estoy loca.

—Le aseguro qué no. Venga conmigo.

—¡No, no iré!... Por favor, señor Connors...

Frank intervino:

—Esperen un momento.

James dio un paso hacia la mesa.

—Señor Connors, no sé lo que le habrá contado Stella, pero sería mejor que usted y yo hablásemos a solas.

Stella gritó:

—¡No, señor Connors! ¡No se lo permita!... ¡Él lo va a convencer!

Frank había dejado las fotografías boca abajo en la mesa y las deslizó con la mano en su carpeta mientras decía:

—Esté tranquila, Stella. Voy a aceptar su caso.

—¿De verdad?

—Sí, Stella.

James intervino:

—Estoy de acuerdo, señor Connors. Realice cuantas gestiones crea necesarias...

Stella lo apuntó con el brazo extendido.

—¡Connors te va a desenmascarar!... Eres un asesino, James. Connors te lo hará pagar.

—Como tú quieras, Stella.

Frank dio vuelta a la mesa y cogió a Stella por el brazo.

—Stella, ahora ha de ir con el doctor.

—¿Usted me aconseja eso?

—Sí, Stella.

—¿De veras? —La joven agrandó los ojos—. ¡Ya entiendo! ¡Usted está de parte de ellos!

—No, Stella.

—¡Usted es como el comisario!... ¡Todos están en contra de mí...! ¡Todos!

—La voy a ayudar, Stella. Se lo prometo.

—¡Nadie me ayuda!... ¡Nadie!... ¡Y usted tampoco lo hará!

Soltó un escalofriante chillido.

El doctor hizo una señal al hueco de la puerta.

Una enfermera entró, sacó un tubo del bolsillo y le dio un comprimido al doctor.

Tome esto, Stella —dijo el siquiatra.

—¡No!

—Tómelo. No le hará ningún daño.

—¡Me quieren matar como a Margaret!...

—Ayúdeme, señorita Pewin.

El doctor sujetó férreamente por los brazos a Stella y la enfermera, que ya contaba con experiencia, introdujo el comprimido por la boca de Stella.

La joven forcejeó soltando gruñidos porque la enfermera le sujetaba las mandíbulas, taponándole los orificios de la nariz para que tragase.

—No me gusta lo que están haciendo —dijo Connors con acritud.

Le respondió James:

—Tampoco nos gusta a nosotros, señor Connors, pero hay situaciones que han de resolverse sin contar con el paciente.

Burton sacudió la cabeza.

—Sí, señor Connors. Siento dar este espectáculo, pero no hay más remedio. Ella lo ha querido. Sin embargo, esto acabará en unos segundos.

Efectivamente, acabó porque Stella se desmadejó al quedar dormida.

—¿Qué le ha dado, doctor? —preguntó Connors.

—Es una droga para dormir. Tengo que marcharme.

Cogió en brazos a la joven.

—¿Adónde la lleva, doctor?

—Pediré una ambulancia para trasladarla a la clínica Morgan.

El doctor salió con Stella en brazos, y tras de él fue la enfermera.

James Wilson dio un suspiro.

—¿Puedo sentarme, señor Connors?

—Desde luego.

Frank fue hacia la puerta para ver salir de su oficina al doctor con Stella y su enfermera.

Cuando hubieron desaparecido, Susan lo miró interrogativamente.

—Las explicaciones luego —dijo Frank y cerró la puerta.

James había sacado un cigarrillo y lo encendió con la llama de un encendedor de oro.

Frank no se sentó. Se quedó al lado de James rascándose una patilla.

—¿No vino su mujer con usted, señor Wilson?

—No, ella se quedó en nuestra casa. Está muy afectada.

—¿Quiere decir que su mujer se quedó en la cabaña del lago Indio?

—No, aquí en Los Angeles. A la cabaña sólo vamos los fines de semana.

—¿A qué se dedica, señor Wilson?

—Soy escritor.

—¿Qué escribe?

—Guiones para la televisión. Estoy con los de la NBC.

—¿Ha hecho algún serial importante?

—No, todavía no. Hago diálogos en guiones que firman otros. Es un trabajo oscuro, pero lo pagan bien. —¿Cuándo se casó?

—Hace tres años.

—¿Qué hace su mujer?

—Es pintora. La conocí en una reunión. Empezamos a salir juntos y nos enamoramos.

—¿Y a qué se dedica Stella?

—A nada en particular. Se graduó en la Universidad.

Se había quedado sin madre muy pequeña. El padre murió hace cuatro años en un accidente de automóvil. En el mismo coche iba la madre de Margaret y también murió... Stella heredó una fortuna de dos millones de dólares. Es la principal accionista de varias fábricas de productos químicos.

—¿Y Margaret?

—No, Margaret no tiene nada. Quiero decir que no recibió ninguna herencia. Ella vende sus cuadros, y con mi sueldo podemos vivir bien.

—¿Cuándo empezó lo de Stella?

—El viernes pasado, el día que nos fuimos a la cabaña. Margaret y yo dejamos a Stella en la casa. Fuimos al pueblo a comprar provisiones... A nuestro regreso... —Guardó un silencio— empezó la pesadilla... Lo recuerdo como si estuviese pasando otra vez. Preparé unos *whiskies* y de pronto Stella se volvió a mí y me dijo: «¿No me presentas a tu amiga, James?»... Así empezó todo... Allí estaba Margaret, mi esposa, la mujer con la que he vivido tres años, y Stella se empeñaba en que no era Margaret... Creía que era una broma, pero muy pronto me di cuenta de que Stella hablaba en serio...

Frank dio unos pasos por la estancia. Se volvió hacia James.

—¿Cómo lo llama el doctor?

—Disociación mental... El paciente ve a una persona con un rostro distinto, un rostro que él mismo crea en su mente... Es lo que le ha pasado a Stella. Tiene delante a Margaret, pero ella la ve con otra cara. Se ha disociado el rostro de Margaret de la huella o impresión mental que debía tener en su cerebro... —¿Es grave?

—Sí, señor Connors, aunque no incurable. El doctor Burton va a hacer todo lo posible.

James se levantó.

—El doctor Burton tiene su consulta en esta misma planta. Stella se escapó aprovechando un descuido. Y justamente vino a parar aquí. Debió ver su nombre en la puerta cuando pasamos.

—Sí, eso debió ser. ¿Y quién mejor que un investigador privado

para que la ayudase?

—Siento que haya perdido su tiempo, señor Connors.

—No se preocupe.

—¿Le pagó ella?

—No.

—Dígame entonces lo que le tengo que abonar.

—Nada.

—Pero usted atendió a Stella.

—Sólo como posible cliente, pero si no es mi cliente, no hay honorarios.

—Es usted muy amable, señor Connors.

Frank se encogió de hombros y acompañó a James.

Susan siguió tecleando en la máquina.

James tendió su mano y Connors se la estrechó.

Gracias por todo, señor Connors.

No hay de qué.

Wilson se marchó y Connors se dirigió hacia su secretaria, la cual dejó de teclear.

—¿Oíste, Susan?

—Sólo la última parte.

Frank le contó la historia.

—Pobre muchacha —dijo Susan—, tan hermosa y tan loca.

El investigador se frotó la mejilla. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué estás pensando, Frank?

Connors no dijo nada. Fue al despacho y regresó con las dos fotografías que mostró a Susan.

—Obsérvalas bien, Susan.

—Ya están observadas. ¿Qué quieres?

—Stella sacó la fotografía de la segunda Margaret cuando ella estaba descuidada. ¿Iba a ser capaz de inventar una cosa así para sostener su historia?

—No soy siquiatra, Frank. Pero ¿qué tiene de particular tratándose de una enferma mental? Imagino que la mayor parte de las cosas que hacen no deben tener lógica para nosotros.

—Llama a la NBC y pregunta por el domicilio de James Wilson.

—¿Para qué?

—Quiero conocer a su mujer.

—¿A cuál de ellas esperas encontrar?

—No lo sé.

—Frank, has dicho que no había caso porque no tenías cliente.

—Déjate de poner impedimentos y obedece, secretaria.

CAPÍTULO III

Frank Connors cruzó un jardín, subió un porche y apretó el, timbre. Esperó un par de minutos y por fin le abrieron.

La mujer que lo miraba era Margaret, la auténtica Margaret, según Stella. Ella le sonrió.

—¿Sí?

—Buenos días, señora Wilson.

—Buenos días.

James Wilson volvería a su casa y ella le contaría su visita. De nada serviría dar un nombre falso porque Margaret lo describiría a su marido.

—Perdóneme, señora Wilson, pero quería hablar con usted acerca de su prima.

—Usted debe ser el detective. Frank Connors.

—¿Lo sabe?

—Mi marido me telefoneó para contarme el incidente. Pero no me dijo que usted vendría.

—Se me ocurrió después, cuando me despedí del señor Wilson.

—¿Quiere pasar?

—Gracias, señora Wilson.

Frank fue conducido a un *living* modernamente decorado.

—¿Un *whisky*, señor Connors?

—Se lo aceptaré.

—¿Con hielo?

—Ajá.

Margaret era tan bonita como aparecía en la foto estudio. Preparó dos *whiskies* y, al volverse, vio que Frank estaba mirando los cuadros que colgaban de la pared.

—Pinta bien, señora Wilson —dijo Connors, aceptando un vaso.

—Unos críticos opinan igual que usted, pero otros están en contra.

Era una pintora abstracta. A Connors no le gustaba particularmente aquella clase de pintura, pero la mayoría de las veces se abstenía de opinar. Sabía que los artistas eran muy puntillosos.

—¿Vivía Stella con ustedes?

—Sí, pero fue idea de mi prima.

—¿Cuándo se le ocurrió?

—Hace cosa de un año. Y ahora que ha pasado lo de Stella, pienso que quizá aquello fue el comienzo real.

—¿Por qué dice eso, señora Wilson?

—Stella alegó que tenía pesadillas. Vivía en la casa de su padre, una gran casa con doce habitaciones. Tenía un ama de llaves y una cocinera, pero se sentía cada vez más sola. Nos propuso venir a vivir con nosotros y aceptamos. James y yo no hemos tenido hijos por ahora. Siempre me he llevado bien con mi prima. Crecimos juntas. Y mi madre y su padre murieron en el mismo accidente.

—¿No observó algún síntoma en Stella antes de que pasase lo del viernes?

Si se refiere a una prueba real, no. Pero existen indicios. ¿Qué indicios?

—Stella es una persona muy introvertida... Se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo.

—¿Qué clase de libros?

—Ensayos de Filosofía.

—¿Ningún hombre en su vida?

—Nunca se dedicó a ninguno en especial. En su tiempo de estudiante salía muy poco con los compañeros.

—¿Fue usted con ella a la Universidad?

—Sólo un par de años. Yo abandoné los estudios para dedicarme a la pintura.

Frank terminó de beber su *whisky* y dejó el vaso en una mesita.

—Señora Wilson, siento haberla molestado.

—No se preocupe. Tengo un principio. Uno debe hacer lo que cree es su deber.

—Gracias por ser tan comprensiva.

Antes de salir Connors de la casa, ella dijo:

—El doctor Burton ha dado esperanzas, pero Stella tendrá que seguir un largo tratamiento.

—Lo comprendo... Hasta la vista, señora Wilson.

* * *

—Se acabó el caso Stella Roberts, Susan.

—Si te hubieses dejado llevar por mi voz interior, te habrías ahorrado la visita a la señora Wilson.

—Tenía que quedarme tranquilo.

—¿Ya lo estás?

—¡Sí, ya lo estoy!

—Pues no lo digas ladrando.

—¿Quién ladra?

—Tú, Frank Connors. Y yo sé por qué... Porque te has sentido decepcionado. Creíste tener en tus manos —caso excepcional... Stella Roberts tenía razón. Su prima había sido sustituida por otra mujer. Se había cometido un crimen. La verdadera Margaret Roberts había sido asesinada por su marido. El y su cómplice, la mujer rubia, que no era ni más ni menos que su amante, se cargaron a Margaret y, aprovechando la noche, la enterraron en una fosa que cavaron ellos mismos, junto a la cabaña del lago Indio...

—¿Quieres callarte ya, Drácula?

—¿Yo Drácula?

Susan respiró profundamente y sus senos se agrandaron mucho.

—Inmoral —dijo Frank Connors y se metió en su despacho.

Durante un buen rato estuvo observando las fotografías, la de Margaret y la de aquella rubia en bañador. Finalmente, las guardó en un cajón del archivo.

Aquel mismo día, Frank Connors tuvo un cliente. Otra mujer. Pero ella no había visto nada raro. Su marido había desaparecido hacía dos días. Un amigo aseguraba haberlo visto en San Francisco. La mujer pagó bien y Frank se fue a San Francisco, donde permaneció tres días hasta que encontró al marido desaparecido en compañía de una rubia. Tuvo que convencerlo a puñetazos para que volviese a casa con su mujer. Connors le dijo que no era partidario del matrimonio pero que, si un hombre se casaba, tenía que respetar a su mujer y que, si no estaba de acuerdo con ella, se

divorciase. Pero cochinadas, no.

Era sábado cuando Frank Connors regresó de San Francisco.

—¿Traes pasta, jefe? —le interrogó Susan con zalamería al verlo entrar en la oficina.

—Pues suelta mi paga. Conocí ayer a un chico muy mono que me va a llevar a la isla de Santa Catalina.

—Sí, y es tan mono que te va a sacar toda la pasta.

—Que me robe. Me da lo mismo. Es un tipo imponente.

—Sólo falta que digas que te morirás de placer si te sacude un tortazo.

Susan se ahuecó el cabello.

—Quién sabe, jefe. Quién sabe.

Frank le tiró un puñado de billetes a la mesa.

—Ahí tienes. Para tu gigoló.

—Jefe, ¿por qué estás celoso?

—Yo no estoy celoso. Sólo me preocupo por mi empleada. No quiero que se aprovechen de ella.

—Tengo veintitrés añitos, jefe, y puedo hacer lo que me de la gana.

—De acuerdo. Es asunto tuyo. Hasta el lunes.

Frank se fue aquella tarde a ver un partido de *baseball*. Le gustaba aquel deporte. Le entusiasmaba.

Se quitó la chaqueta y se compró un paquete de palomitas de maíz.

El partido fue emocionante.

Los dos equipos que se enfrentaban estaban empatados. Sólo una gran jugada decidiría la contienda.

Un bateador elevó la pelota hacia las tribunas.

Los espectadores se levantaron lanzando un rugido.

Frank vio cómo la pelota bajaba y bajaba. Había sido el mejor golpe del partido y significaba la victoria.

La pelota fue a caer en la tribuna de abajo, y la cogió una mujer que levantó el brazo. Frank estaba aplaudiendo cuando, de pronto, inmovilizó las manos viendo a la mujer que saltaba alegremente con la pelota.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal a pesar de que hacía mucho calor.

Aquella mujer era la de la fotografía. La otra. La rubia del

bañador.

Frank se puso en marcha inmediatamente. Subió la escalerilla, pero ya el público se retiraba porque el partido había quedado decidido.

—Por favor, paso. Es una emergencia.

Pero no le hicieron ningún caso.

Pegó codazos, pidió disculpas y también tuvo que oír unas cuantas maldiciones e insultos.

—Eh, usted, ¿quién se cree que es?

Póngase detrás.

Toque otra vez a mi mujer y le parto la cara.

Por fin pudo salir de aquella tribuna, pero se sintió decepcionado cuando llegó abajo. Era imposible entrar porque el público salía de la tribuna en oleadas.

La mujer de la fotografía tenía que salir por allí. Todo era cuestión de esperar. Encendió un cigarrillo nerviosamente.

Pasaron los minutos.

El público seguía saliendo, haciendo comentarios acerca del partido y la gran jugada que se había producido al final.

Frank observaba atentamente, pero no veía a aquella mujer.

Ahora ya no salía el público en la cantidad de antes y decidió meterse en la tribuna.

Vio los asientos casi vacíos. Sólo quedaban algunas personas que preferían esperar para evitar el tumulto. Pero la mujer que él buscaba no estaba allí. Descubrió un poco más allá otro vomitorio.

Sí, estaba claro que la mujer había salido por aquella boca.

Abandonó el estadio soltando imprecaciones para sus adentros.

CAPÍTULO IV

El lunes, Susan llegó muy seria a la oficina.

Frank ya estaba allí paseando como un oso enjaulado.

—Buenos días, Susan.

—No lo son para mí.

—¿Por qué?

—Por lo que me pasó con mi... con mi amigo.

—Te lo advertí, Susan. Debiste apartarte de él. Era peligroso.

—Que te crees tú eso. No resultó nada peligroso. Todo lo contrario. Resultó de esos...

—¿De esos?

—Sí, jefe, de los finitos.

—Susan, ¿cómo pudo pasarte a ti?

—Era tan alto, tan guapo y parecía tan fuerte...

—Que resultó débil.

—¿Adónde vamos a ir a parar, Frank? ¡Ya una no está segura con nadie!

Frank no parecía prestarle atención. Iba de un lado a otro de la habitación en que Susan trabajaba.

—Jefe, ¿es que no te preocupas por mis problemas?

—Tengo otro más grave.

—¿Más grave que el mío?

—Sí, Susan. Mucho más... La vi... La conocí.

—¿A qué actriz de cine te refieres?

—A ninguna actriz de cine. Te estoy hablando de la rubia del bañador. Frank sacó la correspondiente fotografía del bolsillo.

—A ésta.

—¿Y dónde la conociste?

Frank se lo dijo y agregó:

—¿Te das cuenta, Susan? La tuve en mis manos y la dejé escapar. Pero existe.

—Frank, eres un ingenuo. Si Stella Roberts trajo la fotografía se supone que la rubia tendría que vivir... Está claro que la sacó de alguna parte y la casualidad ha jugado una vez más. La pelota impulsada por el bateador fue a parar a aquella mujer.

—Fue como una advertencia del destino.

—No he creído nunca en esas cosas.

—Yo tampoco, pero un día de éstos voy a empezar a creer... Allí, en el campo, había cien mil espectadores. ¿Y dónde fue a parar la pelota? Justamente a manos de la mujer que podría resolver el caso de Stella Roberts.

—Eh, jefe, que ya no hay caso. Lo hubo, pero lo cerramos.

—Lo voy a abrir. —Oh, no, Frank.

—Quiero hablar con esa mujer, Susan. Con la rubia que vi en el partido.

—¿Por qué?

—Lo necesito. No puedo emprender nada nuevo sin antes echar una parrafada con ella.

¿Y cómo la vas a encontrar?

He tenido un día y medio para pensar.

—¿Y cuáles fueron tus conclusiones?

—Supongamos por un momento que Stella Roberts tenga razón. Que la rubia fue contratada por James Wilson para que sustituyese a Margaret.

—Tú no puedes admitir eso.

—Te he dicho que se trata de una suposición.

—Muy bien. Ya está supuesto.

—Tuvo que representar el papel de Margaret. ¿Lo has oído? Representar. Me voy a dedicar a las agencias artísticas. Mostraré la fotografía.

—¿Sabes cuántas agencias artísticas hay en la ciudad, Frank?

—Empecé a contarlas en la guía telefónica y desistí cuando iba por la ciento cincuenta.

Pero, a pesar de eso, no tengo otra cosa en qué hincar el diente. Hasta luego, Susan.

—Y si viene un cliente, ¿qué le digo?

—Que estamos ocupados en un caso urgente y que Tendremos

mucho gusto en atenderlo en cuanto hayamos terminado.

* * *

Había recorrido ya una docena de las agencias artísticas más importantes. En todas ellas hacía lo mismo. Exhibía la fotografía, pero no obtuvo ninguna noticia. No conocían a aquella mujer. Nunca había estado allí.

Almorzó en un restaurante, y tuvo una idea. Llamar al doctor Burton.

—Señorita, soy Frank Connors. Quiero hablar con el doctor Burton.

Al cabo de unos instantes oyó la voz del doctor.

—Dígame, señor Connors.

—Sólo quería preguntarle por Stella Roberts. ¿Me recuerda? Soy el investigador privado. —Sí, señor Connors, me acuerdo perfectamente de usted. En cuanto a la señorita Roberts, se encuentra sensiblemente mejorada.

—Cuánto me alegro. ¿Sigue ella en la clínica Morgan?

—Desde luego. Pero ha pasado tranquila los tres últimos días.

—¿Podría verla, doctor?

—Lo siento, pero no puede ser.

—Acaba de decir que está mejorada...

—No lo está hasta el punto de poder recibir visitas. —¿Y cuándo ocurrirá eso?

—Calculo que en un par de meses, si el tratamiento da resultado.

—¿Cree usted que lo dará, doctor?

—Nunca se puede emitir un juicio definitivo. Especialmente, en un caso como éste, señor Connors. He logrado vencer la resistencia de la paciente a ser curada. Eso es importante porque significa contar con su apoyo y no con su rebeldía. Pero podríamos decir que estamos en la primera fase del tratamiento. Ahora debemos dar tiempo para que se produzca la segunda.

—¿Y en qué consistirá esa segunda fase?

—La mente de la paciente ha de admitir que cometió un error al producirse la disociación. Cuando eso llegue a ocurrir, podremos asegurar que estamos en el buen camino. Mientras tanto, sólo nos

queda una cosa. Esperar.

—Ha sido usted muy amable, doctor.

—De nada, señor Connors.

—¿No le importa que lo llame otra vez?

—Desde luego que no. Puede llamar dentro de un mes y medio o dos meses. Y podré ser más concreto en mis informes acerca de la paciente.

—De acuerdo, doctor. Gracias.

Así fue la conversación con el doctor Burton.

Tuvo que volver a empezar. Una agencia artística. Otra agencia artística... Seis más...

Doce...

A las cuatro de la tarde llamó a su oficina.

—Por fin oigo tu voz, Frank —dijo Susan—. ¿Pasa algo, bombón?

—Un cliente y de los buenos.

—¿Quién es?

—Richard Power, cincuenta años, agente de seguros, viudo.

—¿Qué quiere el señor Power de nosotros?

—Que le devolvamos a su hija.

—¿Y dónde la perdió?

—Un jugador de póquer se la llevó a Reno.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—Bueno, si se la llevó a Reno, quizá el jugador quiera casarse con ella.

—Es posible.

—Y si está casada ya no tenemos nada que hacer.

—Es lo que tendrás que comprobar.

—Muy bien. Que espere.

—¡No puede esperar, Frank! El señor Power quiere que le traigas a su hija si no se ha casado todavía. Y si lo consigues, te dará dos mil dólares... Dejó mil para gastos.

—No puedo marcharme ahora. —¿Por qué no?

—Estoy buscando a otra mujer.

—Que puede estar más lejos que la chica de Reno. ¿Quién te asegura que esa rubia vive aquí?

—Stella Roberts vive aquí, y tomó la fotografía aquí. Y yo vi a la

rubia aquí.

—Frank, nadie paga por buscar a la rubia.

—Me tomaré el resto del día y de la noche. Si mañana no he conseguido dar con la rubia, me iré a Reno.

—Tú eres el mandón.

—Lo soy, Susan.

Frank colgó.

Vuelta a empezar. Una agencia artística... Otra...

Entró en la de Frick Robinson.

Una pecosa pelirroja, de unos treinta años, con un busto muy desarrollado, lo atendió. Como siempre, Frank enseñó la fotografía.

La joven arrugó el ceño.

—Me es conocida, señor Connors.

A Frank le dio un vuelco el corazón.

—¿Quién es?

—Todavía no lo sé.

—Haga un esfuerzo.

Para que lo hiciese, Frank le mostró dos billetes de a cinco dólares.

La pelirroja cerraba los ojos y los volvía a abrir para mirar la foto. De pronto, hizo chasquear los dedos.

—¡Ya lo sé!

—¿Quién es?

—Anette.

—¿Anette?... ¿Qué más?

—No lo recuerdo, pero debemos tener su fotografía con el nombre completo. Se dedicaba a danzas exóticas. Vino aquí hace cosa de un año...

Frank agregó otros dos billetes a los primeros.

—Búsquela ahora.

—Está esperando mucha gente ahí fuera.

—¿No puede ponerse enferma por unos instantes?

La pelirroja le sonrió.

—No es mala idea. Señor Connors, acabo de contraer una jaqueca terrible.

—Buena chica —le sonrió Frank.

—Tenemos el archivo en la otra habitación. Venga conmigo.

Fue con ella al archivo y la joven le dijo:

—Para mí la primera mitad del abecedario y para usted la segunda.

Estuvieron viendo fotografías.

Pero fue la pelirroja Betty la que la encontró.

—Aquí está.

No había una fotografía de la rubia, sino dos. Y en ambas estaba ejecutando una danza exótica. En una de ellas aparecía vestida como una bailarina de la isla de Bali y en la otra era una hawaiana. Detrás de cada una de las fotografías estaba su nombre: Anette Hamilton. También constaba su domicilio: Avenida de las Palmeras, 374, 4.º C, y a continuación, el número de teléfono.

—¿Puedo quedarme con una, Betty?

—Nadie se va a enterar.

Frank sumó otros diez dólares. La pelirroja se había ganado treinta, pero se los merecía.

—¿Le dieron trabajo ustedes, Betty?

—No, pero de todos modos lo comprobaré.

Abrió un cajón metálico y sacó un grueso libro. Buscó en la letra correspondiente, mostrándoselo a Frank. El nombre de Anette Hamilton no figuraba en ningún trabajo por cuenta de la Agencia Robinson.

Si no hicimos nada por ella, ya puede estar seguro de que el señor Robinson la consideró como bastante corrientita en su género.

—Gracias, Betty. Me ha prestado una gran ayuda.

—¿Hizo algo malo?

—Todavía no lo sé, y por ello le voy a pedir la más absoluta reserva.

—Cuente conmigo, señor Connors.

Frank se dirigió a la Avenida de las Palmeras.

Por fin iba a conocer a la mujer rubia que, según Stella Roberts, había ocupado el lugar de su prima Margaret.

CAPÍTULO V

Frank Connors oprimió el timbre.

La puerta le fue abierta por una mujer y Frank se llevó la primera decepción porque ella no era Anette Hamilton.

Aquella joven era morena, muy mona de cara, y con una figura atractiva. Tenía en la mano un vaso con jugo de tomate.

—Hoy no compramos nada, amigo —dijo.

—Pues es una suerte para mí porque no vendo nada.

—¿Ah, no? ¿Y quién es?

—Frank Connors. Vengo a hablar con Anette Hamilton.

—Está en la ducha.

—Puedo esperar.

—Está bien. Entre, señor Connors.

Frank pasó a un *living* con muebles funcionales.

Ocupó un sillón y la joven dijo, después de beber un trago de su jugo de tomate:

—Tiene también limón. Forma parte de mi régimen. No puedo pasar de los cincuenta y dos kilos porque soy modelo. Ah, mi nombre es Eva Masson.

—Todo es compensatorio. Ganará mucho dinero.

—No tanto como cree, señor Connors. Ocurre como en todas las profesiones. Para ganar un buen sueldo hace falta subir la escalera de la fama.

—¿Para quién trabaja?

—Para Mario, un modisto. Y usted, señor Connors, ¿a qué se dedica?

—Investigador privado.

—No me diga —la joven agrandó los ojos.

—Así es.

La joven sonrió.

—Qué emocionante. He conocido a mucha gente, pero nunca a un investigador privado. —Eva levantó la mano y apuntó con el dedo índice a Connors—. ¿Maneja mucho la pistola?

—Sólo cuando es necesario.

—¿Ha matado a muchos?

—No, Eva.

—¿Media docena?

—Menos.

—¿Cuatro?

—Quizá.

En aquel momento se abrió una puerta interior y apareció la rubia envuelta en un corto albornoz. Sus piernas eran esbeltas y bien formadas.

Ella se quedó mirando a Frank y él se levantó.

—¿Quién es, Eva? —inquirió Anette.

—Un amigo tuyo.

—¿Un amigo mío? No lo conozco.

Frank intervino.

No dije que fuésemos amigos.

Eva asintió.

—Es verdad, no lo dijo... Es un investigador privado y se llama Frank Connors.

—¿Y a qué vino?

—Por ti.

—¿Por mí? No comprendo.

—Quería hacerle unas preguntas, señorita Hamilton —habló Frank.

—¿Sobre qué?

—Acerca de ciertas personas.

La modelo soltó una risita.

—Me voy a la terraza a hacer mi sesión de gimnasia. Encantada, señor Connors.

Eva se marchó al *living*.

Anette sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del albornoz y Frank le acercó la llama de su encendedor.

Anette prendió un cigarrillo y, después de echar el humo por los agujeros de la nariz, inquirió:

—¿Cuáles son sus preguntas, señor Connors?

—¿Conoce a Margaret Wilson?

—¿Margaret Wilson?... ¿Quién es?

—Una mujer casada.

—En mi vida he oído hablar de ella.

—Su nombre de soltera era Margaret Roberts.

—Tampoco me dice nada.

—¿James Wilson?

—Ni idea.

—¿Stella Roberts?

—Oiga, pero ¿a qué diablos vino aquí? No conozco a ninguna de esas personas. —¿Está segura de que nunca ha visto a Stella Roberts? Tiene veintitrés años, es morena, de ojos negros, uno sesenta y siete de talla... Hace una semana, esas tres personas de las que le hablo se encontraban en una cabaña del lago Indio.

—Ha venido equivocado.

—¿Dónde pasó usted este fin de semana, señorita?

—Oiga, ¿por qué tengo que contestarle?

—Porque ayudaría a una mujer que se encuentra en una clínica psiquiátrica.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Esa enferma asegura conocerla. Usted estuvo allí, en esa cabaña, el penúltimo sábado.

—No, señor Connors, no visité esa cabaña. Fui con mi amiga Katy Morley a San Bernardino. Katy está trabajando en un club nocturno.

—¿Qué club nocturno?

—Bola de Sebo. Katy quería que me viese el gerente. Me había recomendado a él para que me contratase.

—¿Y la contrató?

—Sí.

—¿Actúa ahora allí?

—Firmé un contrato por tres semanas.

—¿Dónde estuvo usted el último sábado por la tarde?

La joven dio una chupada al cigarrillo y ahora echó el humo por la boca.

—Señor Connors, me está interrogando como si fuese una criminal.

—Lo siento, pero no ha sido mi intención ofenderla. ¿Dónde estuvo usted?

—En el estadio, viendo un partido de béisbol.

Connors se sintió más decepcionado que nunca. Aquella mujer le había dicho dónde había estado el sábado sin lugar a dudas. El lo sabía bien.

—¿Sabe una cosa, señor Connors? Me vieron cien mil espectadores. En el último juego, la pelota cayó sobre mí. Si necesita un testigo, tiene dónde elegir.

—Yo estaba allí, señorita Hamilton.

—¿Usted?

—Sí, señorita. Soy uno de los cien mil espectadores que la vieron coger la pelota.

Gracias por todo.

Se dirigió hacia la puerta y Anette lo acompañó.

—¿Está muy enferma esa joven? Ya sabe, la de la clínica.

—Sí, yo diría ahora que está muy delicada.

—Una amiga mía acabó mal también. Quiero decir que la tuvieron que recluir. Fui a visitarla una vez y ya no volví. Ni siquiera me conocía. Pero yo también tardé unos instantes en reconocerla a ella. Se había avejentado como diez años.

—Adiós, señorita Hamilton. —Buena suerte.

—Salude de mi parte a Eva.

Cuando Frank entró en su oficina, Susan, que se disponía a marcharse, vio una fotografía que revoloteaba hasta caer en su mesa.

—¡La rubia hawaiana!

—Sí, Susan.

—¡La encontraste!

—No sirvió de nada.

—Cuéntame.

Frank relató su visita a Anette Hamilton.

Susan escuchó en silencio y luego dijo:

—Ya puedes estar tranquilo. Ellos tenían razón. Susan Roberts es una pobre enferma.

—Eso parece.

—¿Todavía no estás convencido?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? ¿Qué necesitas para estarlo, sabueso? Pasó como te dije. Stella eligió una fotografía y, casualmente, Anette Hamilton fue la víctima...

—No insistas. Conozco tú punto de vista.

—Entonces lárgate a Reno en busca de esa muchacha —abrió su bolso—. Aquí tienes los mil dólares que nos adelantó el señor Power para que le hicieras el trabajo.

Frank rezongó.

—De acuerdo, Susan. Me iré a Reno.

Y trata de divertirme de paso.

—Buscaré una rubia platino.

—Para divertirse no son necesarias las rubias platino.

—Que te crees tú eso. Yo la necesito.

Frank sacó la fotografía de Anette Hamilton, la que supuestamente Stella había sacado en la piscina de la cabaña del lago Indio. La observó atentamente. Stella había hablado de la piscina, pero sólo se veía un trozo de agua y el borde horizontal. Tampoco se veía nada de la cabaña. Sólo un seto, y un fondo de pinos a la izquierda. ¿Pero no sería suficiente?

—Me largo al lago Indio, Susan.

—¡Es a Reno donde debes ir!

—Quiero hacer la última comprobación.

—¿Otra vez?

Frank le mostró la fotografía.

—Aquí se ve un trozo de seto y unos pinos.

—Hay millones de setos y miles de pinos en esa parte del país. ¿Qué hay de extraño en que la cabaña del señor Wilson tenga también setos y pinos? No vas a conseguir nada.

Sólo perder el tiempo.

Frank sonrió a Susan y le dio un golpecito en el hombro.

—Si no consigo nada, volaré esta noche hacia Reno.

CAPÍTULO VI

Había llegado a Indian Falls, el pueblo más cercano al lago Indio.

Vio la comisaría. En otras circunstancias, se habría detenido en ella para preguntar por la cabaña de James Wilson, pero no podía hacer eso, ya que, según Stella, también el comisario estaba de acuerdo en aquel complot. ¿Ya se había sugestionado? Hasta ahora no había descubierto nada que pudiese dar la razón a Stella. No, no había ningún complot contra la joven y todo parecía indicar que, efectivamente, se trataba de una enferma mental.

Al cruzar por su mente tales pensamientos, se dijo que era ridículo haber continuado aquella investigación. Sintió deseos de volver a Los Angeles, pero ya estaba allí. Se había dejado llevar por su impulso y era preferible realizar la última comprobación, si es que podía llevarla a cabo.

Entró en un bar y pidió un cuba libre.

Vio tres o cuatro clientes jóvenes y los desechó enseguida.

Entró un viejo que se sentó a su lado.

—Un *whisky*, Bill —pidió.

El barman sirvió el *whisky* y el viejo bebió un trago.

—¿Es de aquí, amigo? —se decidió Frank a preguntarle.

—Sí —contestó el viejo, y dejó de prestarle atención.

—Mi nombre es Frank Connors. Quizá me pueda ayudar. Busco la cabaña de un amigo.

Me dio la dirección, pero al llegar aquí me di cuenta de que la perdí.

El viejo cobró interés.

—¿Quién es su amigo?

—James Wilson.

—¿Ah, sí?

—¿Lo conoce?

—He hablado un par de veces con él. Es el que escribe para televisión.

—Exacto.

—Yo nunca estuve en su cabaña.

—Qué lástima.

—Pero sé por dónde cae. Está en la orilla izquierda del lago. Tendrá que recorrer unas seis millas bordeándolo. Luego pregunte por allí. No le puedo decir más.

Frank pagó el *whisky* y el cuba libre y salió del bar.

Hizo correr el coche despacio después de las primeras cinco millas.

El agua estaba a sus pies, de un azul brillante. Había varias cabañas, pero aquel día era lunes y la mayoría de ellas estaban cerradas.

Por fin vio a alguien. A un pescador que estaba preparando su bote.

—Buenas tardes.

El otro lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Viene a pescar?

—No, señor. Estoy buscando la cabaña de James Wilson.

—No lo va a encontrar. James se marchó ayer.

Ya me lo dijo.

—Oh, sí, ahora recuerdo que James habló de que pondría su cabaña en venta. ¿Viene por eso?

—Sí, quiero echarle un vistazo.

—Es la cuarta más arriba.

—Gracias, amigo.

Frank volvió a montar en el coche y recorrió la distancia que lo separaba de la cabaña de Wilson. Llevó el auto hasta el portón de la cochera, que estaba cerrada.

Fue a la puerta principal, que también estaba cerrada, con un grueso candado y una cadena.

Miró por entre los barrotes y vio la casa al fondo.

Pero no podía ver la piscina. Y junto a la puerta empezaba un muro.

Oyó el ronroneo de un motor y vio que el hombre que le había informado iniciaba su viaje hacia la parte superior del lago.

El pescador levantó el brazo para saludarlo y él le correspondió.

La lancha con motor fuera de borda se escondió por entre los pinos.

Entonces, Frank miró a un lado y a otro.

Estaba solo. Subió por el portón y saltó a la otra parte.

Descubrió la piscina. Estaba a la izquierda, a unos quince metros del camino que conducía a la casa. También había un jardín con setos y un grupo de pinos. De momento eso no quería decir nada, porque había visto que la mayoría de las cabañas tenían pinos y, naturalmente, todas ellas contaban con piscina.

Se puso al lado de un seto y miró frente a sí. No, Stella no había hecho la fotografía desde allí.

Buscó otro lugar con la fotografía en la mano. Tampoco era aquél.

Siguió andando y se detuvo otras dos veces con el mismo resultado negativo. Ocurrió a la sexta vez.

Allí estaba.

Stella tenía razón. Desde allí había tomado la fotografía. Sólo faltaba la figura de Anette. Había tardado porque en la fotografía no aparecía ningún ángulo de la piscina.

Recordó lo que le contó Stella. Habían estado enterrando a Margaret. Ella los sorprendió desde la ventana.

Rodeó la casa y vio la terraza. Era allí donde Stella había visto por, primera vez a la mujer que suplantaba a Margaret, a la rubia Anette Hamilton.

—¿Cuál sería la habitación de Stella?

Saltó a la terraza y estuvo observando el terreno del jardín palmo a palmo. De pronto descubrió lo que buscaba. Un trozo en que la tierra parecía recientemente removida.

Echó a andar rápidamente y, llegado al lugar exacto, comprobó que la tierra estaba menos seca.

De repente oyó los chirridos de unos neumáticos.

Un coche se había detenido cerca de la cabaña.

Miró hacia allí.

No podía esconderse porque ya habrían descubierto su auto. Por entre los barrotes vio aparecer a un hombre que cubría la cabeza con sombrero «Stetson». Era alto y en su pecho brillaba una estrella. Tenía una pistola en la mano.

—Eh, usted, ¿qué hace ahí?

—Hola, comisario.

—Venga acá.

Frank echó a andar hacia el portón. Mientras tanto, observó el rostro del comisario. No le gustó nada. Era de facciones angulosas y piel arrugada. Debía frisar los cuarenta y cinco años.

El comisario estaba metiendo una llave en el candado. Lo hizo funcionar y abrió el portón.

—Párese ahí —ordenó.

Connors se detuvo a unos tres pasos de él.

—¿Cómo entró aquí?

—Saltando el muro. —Era preferible decir la verdad.

El comisario sonrió con sarcasmo.

—Para ser ladrón utiliza unos métodos muy primitivos.

—No soy un ladrón.

—Ya, Es un ladrón principiante.

—He dicho que no soy un ladrón. Le enseñaré mi credencial.

—¡Quietas las manos!

—Mi nombre es Frank Connors, investigador privado.

—¿Y cree que eso le da derecho a violar el domicilio de las personas decentes?

—No había nadie, y aquí se cometió un crimen.

—¿Un crimen?

—Sí, comisario.

—¿A quién mataron?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Vi una tumba —señaló el lugar donde el comisario lo había sorprendido.

—¿Está chiflado, Connors?

—No, señor Grant, no estoy chiflado.

—¿Quién le dijo mi nombre?

—Stella Roberts.

—¿Ella se lo dijo?

—Sí.

—Entonces está todo claro. Es la que está chiflada. ¿Qué le contó, Connors? ¿Quizá que su prima Margaret estaba muerta y que James Wilson la había sustituido por una rubia?

—Sí, fue lo que me dijo.

—¿Y usted la creyó? No, no hace falta que me conteste. Si está aquí, es porque la creyó —el comisario chasqueó la lengua—. Connors, es usted un mal investigador. Pero eso no me extraña. Ustedes los sabuesos de la capital se creen héroes de película.

—¿Puedo hablar, comisario?

—Hable, pero diga algo interesante.

—Abra esa fosa.

No me gusta perder el tiempo. Y no es una fosa.

—Podemos salir de dudas rápidamente, comisario.

—Yo no tengo ninguna duda, Connors.

—¿Por qué no me deja que haga el trabajo? El señor Wilson debe tener aquí herramientas. La tierra todavía está blanda. En unos minutos abriré el hoyo.

—Debería llevármelo inmediatamente y encerrarlo. Pero no quiero que siga pensando tonterías. De acuerdo, Connors, va a cavar.

—Gracias, comisario.

—No me las dé. No lo hago por mi gusto.

Fueron a la cochera y, en un rincón, Frank encontró una pala.

Regresaron al jardín.

El comisario Grant se apoyó en el tronco de un pino y guardó la pistola.

Frank se quitó la chaqueta, se subió las mangas y se puso a trabajar.

—Usted es un ingenuo, Connors.

Frank no dijo nada. Prefería guardar sus energías para la pala. El comisario prosiguió:

—Siento mucho lo que le pasó a Stella Roberts, pero está claro que la chica sufre un desequilibrio mental. Fue duro oír aquella tontería: que su prima Margaret no era su prima Margaret, que era otra mujer...

Frank continuaba trabajando en silencio.

Ya había ahondado mucho cuando sitió que la pala tocaba algo y no era tierra.

Puso más cuidado en su trabajo.

—¿Encontró algo? —preguntó el comisario.

—Sí.

Grant se acercó al hoyo.

Connors sacó otras tres paletadas de tierra y de pronto vio una cabeza.

Era la cabeza de un perro.

Jack Grant se echó a reír.

—Ahí tiene su cadáver, Connors.

—Sí, comisario, aquí está.

—Pero usted esperaba encontrar a Margaret.

—No, yo hablé con Margaret. No podía estar muerta.

—Entonces, ¿a quién esperaba encontrar?

—Contesté que no lo sabía.

—Bueno, si ya quedó tranquilo, cubra otra vez eso.

—Espere, comisario.

—¿A qué debo esperar? El perro está en putrefacción, me están dando arcadas.

—¿De quién era el perro?

—¿Qué importa de quién?

—Puede ser importante. ¿Tenían perro los Wilson?

—No.

—Entonces, ¿a quién pertenece el perro?

—Connors, me está agotando la paciencia.

—Si los Wilson no tenían perro, ¿por qué infiernos este perro está aquí?

—Está bien. Se lo diré. El perro era de los Drake.

¿Da los Drake?

—Los dueños de la próxima cabaña. James Wilson lo mató sin querer con su coche. James Wilson no lo quiso decir a sus vecinos para no enfrentarse con ellos. Pero me lo contó a mí. Los Drake son personas de muy mal carácter, intratables, de modo que se me ocurrió que James Wilson enterrase al perro y no dijese nada.

—Entiendo.

—Ya sabe la historia... ¿Quiere ahora cubrir a ese condenado perro?

—Sí, comisario.

Frank Connors enterró otra vez al perro y dejó la pala donde la había encontrado.

Cuando salió de la cochera, el comisario lo estaba esperando en la puerta.

—Connors, puedo detenerlo. ¿Lo sabe?

—Sí.

—Hizo algo feo. Violar un domicilio. Podría encerrarlo porque dio motivos. Pero no lo voy a hacer.

—Muy amable.

—Pero no vuelva por aquí. ¿Lo oye bien? ¡No vuelva por aquí jamás!

Salieron del jardín.

—Lárguese Connors.

—Hasta la vista, comisario.

—Diga mejor hasta nunca.

—Quién sabe.

—No diga eso, Connors. No lo diga. Se lo he advertido muy seriamente. Si vuelve a rondar por Indian Falls o por el lago Indio...

—dejó sin terminar su amenaza.

Frank montó en su coche, lo puso en marcha y se alejó de allí.

Su comprobación había tenido éxito. Stella no le había engañado. Anette Hamilton había estado en la cabaña. Eso era lo importante, aunque no supiese qué parte jugaba el perro muerto. Podía ser verdad que James Wilson hubiese matado al perro de los Drake con su automóvil. Sí, podían ser dos historias distintas. Pero la fosa del perro no invalidaba la declaración de Stella. Tenía que hablar otra vez con Anette Hamilton, y cuanto antes, mejor.

Era muy tarde para regresar a Los Angeles y atrapar a Anette en su domicilio. Pero sabía dónde trabajaba. En el club Bola de Sebo de San Bernardino.

CAPÍTULO VII

Frank entró en el club Bola de Sebo. Había mucha clientela. Ocupó un taburete del mostrador y pidió un *whisky*.

El espectáculo todavía no había comenzado.

Las parejas bailaban en la pista.

Entregó una buena propina al camarero y le dijo:

—Quiero hablar con Anette Hamilton.

—La vi llegar hace un rato. Debe estar en su camerino preparándose. Lo encontrará en el fondo, por la puerta que hay junto a la orquesta.

Frank terminó de beber su *whisky* y se dirigió al lugar indicado.

Cruzó una puerta y se encontró con una rubia que salía.

—Busco a Anette Hamilton.

—Segunda puerta a la derecha.

Frank le dio las gracias. Poco después llamaba a la puerta.

—Adelante —oyó la voz de Anette.

Entró en el camerino.

La joven estaba muy atractiva con su traje de bailarina de la isla de Bali.

—¿Usted otra vez?

—Aquí me tiene, Anette.

—¿Y qué quiere ahora?

—La verdad.

—Ya se la dije.

—No, sólo me contó una serie de mentiras.

—Señor Connors, salga inmediatamente de este camerino.

Frank sacó la fotografía que Stella había hecho de Anette y se la puso delante de los ojos.

—Vea esto.

—Soy yo. ¿Y qué? Me he hecho centenares de fotografías en los últimos ocho años. Una las necesita para repartirlas entre las agencias artísticas... Dios mío, nadie sabe lo que nos gastamos en fotografías.

—Ésta no le costó un centavo, Anette.

—¿Quién dice que no?

—Yo lo digo. Esa fotografía le fue hecha por Stella Roberts.

—¿Otra vez esa mujer? ¿Cómo quiere que le diga que no la conozco, que no la he visto en mi vida?

—Ya no le sirve negarlo, Anette. Esa piscina que se ve aquí pertenece a la cabaña de James Wilson, y no me repita que tampoco conoce a James Wilson.

La puerta se abrió.

Frank vio a un hombre alto.

—¿Te pasa algo, Anette?

—Sí, Lou. Este hombre me molesta.

Lou parecía un boxeador de lucha libre.

—Amigo, hágase humo.

Anette y yo tenemos que hablar.

Lou miró a Anette y luego otra vez a Connors.

—Ella no quiere hablar con usted.

—No la he oído —dijo Connors.

—Lou —repuso Anette—, es Frank Connors, un investigador privado. Me ha molestado ya dos veces hoy.

Lou dio dos pasos hacia Frank y levantó el puño derecho.

—¿Quiere que le deshaga la cara?

—No lo intente.

—Entonces, márchese de aquí.

—En cuanto haya charlado con Anette.

—Es pesado, ¿eh? Yo le enseñaré.

Tiró el puño contra la cara de Frank, pero éste esperaba el ataque y lo burló con facilidad, replicando con un derechazo al hígado.

Lou retrocedió hacia la pared, pero se echó a reír.

—Eres un mosquito, Connors. He peleado en el *ring* con dos tipos a la vez, y cualquiera de ellos te habría pulverizado. Es lo que voy a hacer contigo ahora.

El investigador le pegó en el estómago, pero Lou logró

conectarle la izquierda. Anette se estaba poniendo un abrigo.

Frank gritó:

—¡Espere, Anette! ¡No huya! Es importante que usted y yo hablemos. No le pasará nada.

Uno de los puños de Lou le golpeó en el pómulo.

Soltó una maldición mientras caía hacia atrás.

Al levantarse vio a Anette que salía del camerino corriendo con el abrigo puesto.

—Vas a recibir un premio —dijo Lou.

Frank le pegó una patada en el pecho.

El grandullón soltó un aullido mientras se tambaleaba.

Frank aprovechó aquel momento para levantarse.

Lou se abalanzó otra vez sobre él.

Frank se revolvió como una centella, pegándole con todas sus fuerzas en la nariz.

Lou chocó contra la pared, pero volvió hacia Frank y le incrustó el puño en el bajo vientre.

Frank se dobló, soltando arcadas, y entonces Lou lo cazó en la nuca con el filo de la mano.

Frank se estrelló contra el suelo mientras veía que todo daba vueltas a su alrededor.

Perdió el sentido.

Al despertar se encontró en un callejón. Trató de levantarse y le costó mucho trabajo porque le dolía todo el cuerpo.

Salíó a la calle y vio las luces de neón anunciando el club Bola de Sebo.

Se dirigió hacia allí, haciendo todo lo posible por mantener el equilibrio.

Vio salir a la rubia que había encontrado cuando iba al camerino de Anette.

Hola, rubia —la saludó Frank—. Sigo buscando a Anette.

Pues no hace falta que entre porque se marchó antes de empezar el espectáculo. No comprendo por qué.

—Yo sí lo comprendo —dijo Frank.

Se fue a su coche y emprendió el regreso a Los Angeles.

Cuando Susan le abrió la puerta de su apartamento, lo miró asombrada.

—Jefe, ¿qué te ha pasado?

—Me puse en el camino de un rebaño de bisontes.

—Deberías saber que esos animales odian a los investigadores privados.

—Me gusta tu sentido del humor.

—Y por eso me conservaste como secretaria.

Frank se dejó caer en un diván.

—Sé buena y dame una ración de *whisky*.

Susan le preparó un *whisky* con cubitos de hielo.

—¿Qué lograste sacar en limpio, jefe?

—Stella dijo la verdad. Anette Hamilton estuvo en la cabaña de James Wilson, y por eso Stella pudo sacarle la fotografía.

—¿Quieres decir que están volviendo loca a la chica?

—Ésa es mi impresión.

—¿Y por qué iban a hacer eso?

—Por dios millones de dólares. No puede ser otra cosa. Stella no tiene hermanos y Margaret es su prima.

—Pero sería la peor de las canalladas.

—Por dos millones de dólares hay personas que están dispuestas a hacer todas las canalladas del mundo.

Frank le contó lo que le había sucedido en el lago Indio y, más tarde, en San Bernardino.

—Jefe, ¿cómo vas a probar el complot contra Stella?

—Sólo lo puedo conseguir de una forma. Obligando a Anette a decir la verdad.

Marcó el número del teléfono de Anette.

Sonó al otro lado el timbre tres veces antes de que descolgasen.

—Eva Masson. ¿Quién llama?

—Frank Connors.

—Hombre, el investigador privado que mató a menos de seis.

—Quiero hablar con Anette.

—Lo siento, pero no regresó todavía de San Bernardino.

—Se marchó de San Bernardino.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque estuve allí.

—¿Con Anette?

—Sí, con Anette, pero se me escabulló. ¿Dónde la podría encontrar, Eva? Es urgente que hable con ella. —Lo ignoro.

—¿Algún hombre?

Ultimamente salía con Max Kerrigan.

¿Quién es Max Kerrigan?

Un tipo que no me gusta nada. Periodista.

—¿En qué periódico trabaja?

—En el *Detective del Domingo*.

Frank conocía aquel semanario. Estaba incluido entre la Prensa amarilla, la más escandalosa. Sus redactores no gozaban de mucho prestigio. Se decían cosas feas de ellos. En algunas ocasiones, Frank había oído hablar de chantajes realizados por empleados del semanario. Vivían muy relacionados con el mundo del hampa y era lógico que ellos también se hundiesen hasta el cuello.

—¿Ninguna otra dirección, Eva?

—Lo siento, pero no se me ocurre otra.

—Está bien.

Le dio las gracias y colgó.

Buscó en la guía el número del *Detective del Domingo* y lo marcó.

Le contestó una voz carrasposa.

—Oiga —dijo Frank—, busco a Max Kerrigan. Tengo un asunto caliente para él.

—¿Quién lo llama?

—Frank Connors, investigador privado.

—Espere un momento.

Transcurrió un minuto antes de que le hablasen de nuevo.

—Soy Max Kerrigan. ¿Nos conocemos, Connors?

—Creo que hasta ahora no nos hemos visto.

—¿Y qué quiere?

—Estoy buscando a Anette Hamilton.

—¿A Anette? ¿Para qué?

—Ya se lo diré más tarde.

—No puedo ayudarle.

—Oiga, Max. Le puedo conceder una buena primicia.

—¿Qué clase de asunto?

—Uno que lo prestigiará mucho.

—Yo no vivo de eso, Connors —rió el periodista.

—De acuerdo, Kerrigan. Écheme una mano y recibirá unos cuantos dólares.

—¿Cuántos?

—Digamos cien.

—Digamos quinientos.

—No se suba a la parra, Kerrigan.

—Dijo que es un asunto urgente. Quinientos o no hay nada. —
Está bien. Quinientos. Dígame dónde puedo ver a Anette.

—Tendrá que verla en mi presencia.

—No, Kerrigan.

—En mi presencia o no hay trato, Connors.

Frank se mordió el labio inferior.

—De acuerdo, Kerrigan. Dígame dónde debo ir.

A mi apartamento.

¿Dónde está?

Calle Laurel, 1324, 7.º C. Pero no vaya antes de media hora.

—Trato hecho —contestó Frank, y colgó.

Bebió el *whisky* que le quedaba en el vaso y se puso en pie.

—Frank —dijo Susan—, no estás en condiciones de ir a ninguna parte.

Frank le dio una palmada en la mejilla y le sonrió mientras se dirigía hacia la puerta.

—Anette es la solución de todo el asunto. No puedo perderme esa cita por nada del mundo.

CAPÍTULO VIII

Frank pulsó el timbre.

Transcurrió un minuto y no le abrieron. Consultó el reloj. Había pasado la media hora a que Kerrigan hizo referencia. Puso la mano en el tirador y lo hizo girar.

La puerta obedeció a su impulso.

La habitación estaba a oscuras y dio la vuelta al conmutador de la luz.

—Anette.

No le contestaron.

—Kerrigan.

Tampoco obtuvo respuesta.

Entró en un dormitorio.

En la cama había un hueco como si alguien hubiese estado allí acostado.

Oyó el grifo del agua del cuarto de baño.

—¿Quién hay ahí?

Nuevo silencio.

Encendió la luz del cuarto de baño y se metió dentro.

Allí estaba Anette, en el fondo de la bañera, tendida, con su traje de bailarina de la isla de Bali. Había hecho la última contorsión de su vida. Ya no haría otra más.

La habían degollado.

Su cabeza estaba doblada. La sangre ya había dejado de manar por el ancho y profundo corte que tenía en el cuello.

Sus ojos estaban abiertos, fijos en el techo, y en ellos reflejaba todo el espanto que le había producido el asesino antes de asestarle el golpe mortal.

Oyó un ruido a su espalda y empezó a volverse, pero entonces

recibió un tremendo golpe en la cabeza.

Agarró un trozo de carne mientras se tambaleaba.

Oyó un chillido y otra vez lo volvieron a golpear. Cayó de bruces sobre el piso del cuarto de baño. ¿Por qué no había aceptado el consejo de Susan? ¿Por qué no lo había dejado para el día siguiente? Fue lo último que pensó.

Al volver en sí, se encontró tendido en una cama.

—Beba —dijo una voz.

Bebió un trago de lo que le daban. Era *whisky*. Sintió escozor en la garganta y que le ardía el estómago.

Pudo enfocar la imagen y vio a un hombre de unos treinta y cinco años, rubio, con grandes entradas, nariz aguileña.

—Ya sé que es Frank Connors. Le miré la credencial.

—¿Max Kerrigan?

—Sí.

—¿Está la policía?

—¿Qué policía? Aquí no hay ningún policía.

—Pues llámelos. ¿Es que no vio lo que tiene en el cuarto de baño?

—Lo encontré a usted.

Frank lo miró con las cejas enarcadas.

¿Y Anette?

Ella no está.

Frank sacudió la cabeza. Puso los pies en el suelo y se dirigió al cuarto de baño apoyándose en la pared.

—¿Qué infiernos le pasa, Connors? —Oyó a Kerrigan.

No le contestó. Ya estaba mirando el baño, pero ahora allí no había ningún cadáver. Estaba limpio.

Se volvió hacia Max.

—¿Cuándo llegó aquí, Kerrigan?

—No hace ni cinco minutos. Lo encontré a usted ahí dentro. Lo puse en la cama y luego se despertó.

Frank consultó su reloj. Habían pasado treinta minutos desde que él llegó al apartamento del periodista.

—¿Por qué se demoró tanto, Kerrigan?

—Me retuvo el director.

—Mataron a Anette.

—¿Qué tontería está diciendo?

—La degollaron.

—No puedo creerlo.

—¿Fue usted, Kerrigan?

—Oiga, Connors. Debe estar ebrio.

—Sí, y todo lo vi en una borrachera. El cadáver de Anette en el baño. Y también soñé en la borrachera que me golpeaban hasta dejarme sin sentido.

—Ésa será la única verdad.

—¿Y quién me golpeó?

—Está claro. Anette. Por lo visto, no lo puede ver a usted ni en pintura. Por eso usted necesitó mi ayuda. Pero ella fue más lista y le golpeó. Luego, huyó. —Ella no podía golpearme porque estaba muerta, Kerrigan se echó a reír.

—¿Y el cadáver echó a correr solito?

—Se lo llevaron.

—¿Quiénes?

—Pudo ser usted.

—Oiga, Connors. Me está cansando.

—Yo también me estoy cansando, Kerrigan. Es la segunda vez en el mismo día que me dejan sin sentido.

—Ustedes los investigadores privados están acostumbrados a eso.

—¿Conoce a James Wilson?

Kerrigan se quedó pensativo unos instantes.

—No.

—¿A Margaret o Stella Roberts?

—No.

—Está mintiendo.

—¿Por qué cree que miento?

Anette le debió hablar de esas personas.

¿Cuál sería la razón?

—Anette fue contratada por James Wilson.

—A Anette la contratan algunos tipos con dinero para sus fiestas. No es mala danzarina. Lo único que le pasa es que le falta personalidad. Y eso es lo más importante para llegar.

—Déjese de tonterías, Kerrigan. James Wilson no contrató a Anette para que ella le hiciese una exhibición de la danza del vientre.

—Anette tenía un buen repertorio. El señor Wilson pudo elegir.

—No, Kerrigan. Wilson no necesitaba a Anette desde un punto de vista profesional.

—¿Y para qué la necesitaba?

—Para volver loca a una chica.

—De modo que ésa era la primicia que me reservaba.

—Sí, Kerrigan.

—Me he encontrado con muchos tipos locos dispuestos a decirme quién fue el verdadero asesino del presidente Kennedy. Usted les gana a todos. Anette no se mete en esa clase de líos. Es una chica que sólo quiere vivir de su trabajo.

—Deje de hablar de ella como si estuviese viva. Métselo en la cabeza, Kerrigan. Sé que está muerta. La vi degollada.

Kerrigan se le quedó mirando un rato y luego sacudió la cabeza.

—Tendré que darle la razón como a los locos.

—¿No tiene otra cosa que decirme?

—No.

Connors se dirigió hacia la salida del apartamento y el periodista fue tras él.

Antes de salir, Frank volvió la cabeza.

—Kerrigan, si está metido en este asunto de los inflemon, se lo haré pagar.

—No me gusta que me amenacen.

—Es una advertencia —dijo Frank, y salió de allí.

Ya estaba harto de ir de un lado para otro y necesitaba un buen descanso.

Llegado a su apartamento, tomó una ducha caliente y otra fría. Su cara había sufrido algunos desperfectos.

Se preparó una buena ración de *whisky* y después de bebería se tendió en la cama y se durmió.

* * *

Al día siguiente, desayunó en el bar donde acostumbraba hacerlo y, mientras tanto, ojeó el periódico.

No, en ninguna parte se insertaba la noticia de que hubiesen encontrado el cadáver de una mujer degollada.

Entró en la oficina y Susan dijo:

—¿Lograste hablar con Anette?

—No, no pude hablar con ella.

—¿Por qué?

—Porque la mataron.

Oh, no, Frank.

Le hicieron un trabajo con una navaja barbera. Frank le contó aquella parte de la historia.

Susan, una vez hubo él terminado, dijo:

—Te voy a dar un consejo, jefe.

—Que me marche a Reno.

—Premio. Lo acertaste.

—No me voy a ir a Reno hasta que haya echado mano al asesino de Anette Hamilton.

—Pero ya no puedes hacer nada.

—Es lo que crees.

—Tú mismo lo dijiste.

—¿Qué cosa dije?

—Que tu única esperanza era Anette Hamilton. Si ella está muerta, no podrá probar absolutamente nada. —Olvidas a una persona.

—¿A quién?

—A Stella Roberts.

—Pero ella está en la clínica Morgan, sometida a tratamiento por el doctor Burton.

—Tratamiento que no necesita.

—Tampoco lo puedes probar.

—Lo probaré.

—No puedes enfrentarte a un especialista.

—Tengo que hacerlo. Pero, a partir de ahora, haré las cosas a mi manera.

Frank se fue a su despacho.

Abrió un cajón de su mesa y sacó una funda sobaquera con la pistola.

—Frank, te vas a meter en un lío —dijo Susan desde la puerta.

—Tú y yo vivimos de eso.

—Pero hay centenares de detectives privados que viven muy bien y sin comprometerse tanto.

—Me gustan cierta clase de compromisos.

Frank abrió otro cajón y sacó una cachiporra. La sopesó en su mano antes de meterla en el bolsillo derecho de su chaqueta.

—Sólo te falta una cosa, jefe. —¿El qué?

—Un cañón.

—Recuerda que compremos el primero que nos ofrezcan por correspondencia.

CAPÍTULO IX

La placa decía: «Clínica psiquiátrica del doctor Margan».

Frank llevó su coche a la playa de estacionamiento, donde había una docena de vehículos.

Después de estacionar se dirigió al edificio central.

En el amplio registro había tres muchachas vestidas de blanco. Eligió a la más atractiva del terceto, una rubia de ojos verdes. Según rezaba el nomenclator que tenía delante, era Ursula Holden.

—Señorita Holden, quiero ver a una paciente. A Stella Roberts.

—¿Tiene concertada visita para hoy?

—Sí, señorita.

Su nombre, por favor.

—James Wilson.

—Tendrá que hacer la comprobación en la ficha correspondiente.

Frank le obsequió con una sonrisa.

La joven se metió en una oficina acristalada y Frank vio que hablaba con un tipo grueso que también se cubría con uniforme blanco. El gordo manipuló en un fichero y finalmente movió la cabeza en sentido afirmativo y escribió en una tarjeta.

Ursula Holden salió de aquel cubículo y dijo:

—Suba a la cuarta planta. Es la habitación 127. Aquí tiene el pase.

Le dio la tarjeta.

¿A quién la entrego?

—Al señor Feyder. Lo verá en el corredor.

—Gracias.

Frank subió en un ascensor hasta la cuarta planta. Sentado ante una mesa, vio a un hombre de cabeza grande y brazos poderosos.

—¿Señor Feyder?

—Soy yo.

Frank le entregó la tarjeta.

—Visitante de la señorita Roberts. Habitación 127.

El tipo, después de observar la tarjeta, descolgó un teléfono.

—¿Central? Aquí Feyder. ¿Está comprobado?... De acuerdo —se levantó—. Sígame. Llevaba un grueso llavero que hacía tintinear. Llegado ante la puerta 127, miró por la rejilla y luego metió una llave en la cerradura y la hizo girar. —Quince minutos.

—De acuerdo —asintió Connors.

Feyder abrió la puerta y Frank pasó al interior.

La habitación no contenía más que una cama, en donde se encontraba Stella Roberts, inmóvil.

A la izquierda había una ventana con gruesos barrotes.

La joven se cubría con un camisón hasta los tobillos.

—Stella.

La joven no se movió.

Frank se dirigió hacia la cama y alargó la mano.

—Stella.

La tocó y entonces ella dio un respingo y se alejó hacia la pared.

—Soy Frank Connors, Stella.

—Todos me engañan... Todos me engañan...

—He venido para hablar con usted, Stella.

La joven se puso a gritar.

—¿Por qué no me dejan en paz y...? ¿Por qué no me matan de una vez?

—Sé que me dijo la verdad, Stella.

—Usted es otro como los demás.

—Míreme.

—No quiero mirarlo.

—Oiga, Stella. Vino a mi oficina. No puedo cambiar de cara.

—Sí, las caras se cambian. Perdón, soy yo quien las cambia.

Miro a Margaret pero no es Margaret, porque su cara es otra...

Frank la cogió por un brazo y ella chilló otra vez.

—Quiero que me mire. Se lo ordeno.

—¡No me toque!... ¡No me toque!

—No.

—Si no me mira, la obligaré aunque tenga que hacerle daño.

Vuelva la cabeza. —Frank la zarandeó con fuerza.

Stella se volvió poco a poco. Hizo un gesto de perplejidad.

—Soy yo, Frank Connors... No se equivoca, Stella.

—No, usted no es Connors.

—Le aseguro que soy el mismo investigador que quiso contratar. Comprobé cuanto usted dijo, Stella. Se trataba de dos mujeres distintas.

—¿Dos mujeres distintas?

—Una era Margaret y otra era la rubia.

—Pero ellos dicen...

—No importa lo que ellos digan.

—¡Me quiere engañar!

—Oiga, Stella, sé quién era la rubia. Anette Hamilton.

—¿Anette Hamilton? Nunca oí hablar de ella.

—Es lógico que nunca oyera hablar de ella. Usted no la conocía. Tenías que buscar a alguien que le fuese desconocida para hacerla pasar por su prima.

—¿Es verdad lo que me dice?

—Sí, se lo aseguro. Usted está bien. No sufre ninguna neurosis. La quieren volver loca, pero no lo van a conseguir.

—¿Me quieren... volver... loca?

—Eso es lo que pretenden.

—Pero eso es criminal.

—Stella, si a usted la declaran incapacitada, imagino que su prima Margaret se hará cargo de toda su fortuna.

—Así es.

—Es la razón que los impulsa a hacer lo que han hecho.

—Pero ¿por qué...? ¿Por qué? Yo estaba dispuesta a ayudarlos... Quería a Margaret. Y también a James. ¿Por qué iban a hacer una cosa así?

—La ambición no conoce límites.

—Dios mío...

—He venido para sacarla de aquí.

—¿Para sacarme?

—Sí, Stella. Tiene que venir conmigo.

—Pero eso es imposible. Ellos no me dejarán salir. —Ya conté con eso.

La joven parpadeó y miró la puerta.

—Está cerrada y ellos tendrán que abrir.

—Y entonces entraré yo en acción. Le traje algo para ponerse.

Se metió las manos en los bolsillos y sacó algunas prendas, ropa interior y un vestido. Sonrió a Stella.

—Es una suerte que ahora usen estos trapitos tan simples. Pude haberle traído tres o cuatro juegos, pero bastará con éste. Ande, vístase, yo me pondré de espaldas.

—Sí, me vestiré.

Frank fue al lado de la puerta.

Oyó un
fru-fru
a su espalda.

Había pasado un minuto cuando ella dijo:

—Estoy lista.

Se volvió. Le había traído un vestido sin mangas de color gris. No había querido colores chillones.

—Stella, se van a cumplir los quince minutos que me concedió Feyder. Acuéstese y póngase como estaba cuando entré, con la cara hacia la pared, y manténgase quieta.

Feyder mirará por la rejilla. No debe sospechar nada de lo que preparamos.

Stella asintió con la cabeza y se tendió en la cama, adoptando la posición en que Frank la había encontrado.

Pasaron como treinta segundos más y Frank vio en la rejilla la cara de Feyder.

—¿Ya terminó?

—Sí —le contestó.

Vio cómo miraba a la paciente y por fin se decidió a abrir la puerta.

Frank tenía la mano en el bolsillo, manejando ya la pistola, que había sacado de la funda.

Apuntó con ella a Feyder cuando la puerta fue abierta.

—Entre, Feyder.

El cancerbero miró la pistola con una expresión estúpida.

—¿Qué es esto?

—Un chisme que tira balas y que mata. Adentro, Feyder, si no quiere probarla.

Feyder entró.

—Arriba, Stella —dijo Frank.

La joven saltó de la cama.

Feyder se quedó con la boca abierta.

—Eh, ¿qué hace, señorita Roberts?

—Me voy.

—No puede.

Frank sonrió por detrás. Sacó la cachiporra y golpeó a Feyder en la cabeza.

Feyder soltó el mugido de una res y se derrumbó. Luego Frank cogió el llavero de Feyder.

Observó el corredor. Estaba desierto.

—Vamos, Stella.

Los dos salieron y Frank cerró la puerta.

—Si nos descubren, no pierda la serenidad, Stella. Agarró a la joven por el brazo. Estaba helada. Bajaron por la escalera y no encontraron a nadie.

Salieron al vestíbulo.

Las tres empleadas del registro estaban atendiendo a varias personas.

De pronto Frank sintió que Stella se estremecía.

—¿Qué pasa?

—El doctor Burton.

Efectivamente, el doctor había aparecido por el fondo y se dirigía con paso resuelto hacia los ascensores.

—Vuelva la cara hacia la pared.

Pero ya era demasiado tarde. Burton los había visto.

—Me descubrió, Frank.

—Sí, ya lo veo.

Burton se acercó rápidamente.

—Eh, señor Connors, ¿qué hace usted aquí?

—Vine a por Stella.

—Que vino a por... ¿Cómo la sacó?

—Con esto —dijo Connors, y le mostró la pistola. También el doctor Burton hizo un gesto de asombro—. Señor Connors, ¿sabe lo que está haciendo?

—Desde luego.

—Entonces, devuélvame a mi paciente.

—¿De verdad cree que es su paciente, doctor?

—De eso no tengo ninguna duda.

—No sé si es usted un estúpido o un criminal, pero no me interesa descubrirlo ahora. Camine con nosotros hacia la salida. Tenga cuidado con lo que hace. No vacilaré en disparar.

Burton movió la cabeza.

—De acuerdo. Iré con ustedes.

Los tres se dirigieron hacia la salida del edificio y Frank volvió a esconder la pistola en el bolsillo.

Nadie les interceptó el paso.

—Hacia la playa de estacionamiento, doctor —ordenó Frank.

—Prefiero quedarme aquí.

—Siga, y no discuta.

Burton continuó caminando un paso delante de los dos jóvenes.

—Tírese al suelo, doctor.

—¿Eh?

—¡He dicho que se tire al suelo!

Habían llegado junto al auto de Frank.

El doctor obedeció.

—No se mueva de ahí hasta que nos hayamos ido. Si empieza a gritar antes de tiempo, se la gana.

Stella y Frank se metieron en el coche.

Frank puso en marcha el motor. Hizo retroceder el coche y luego cambió a primera y apretó el acelerador. Cuando se alejaban del estacionamiento, vio que el doctor Burton se levantaba y echaba a correr hacia el edificio.

Stella escondió la cara entre las manos y se echó a llorar.

Frank le palmeó un hombro.

—Ya es libre, Stella.

—Me volverán a atrapar.

—No. Se lo prometo.

Cuando estuvieron muy lejos de la clínica Morgan, Frank detuvo el coche.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Stella.

—He de hacer una llamada.

—No quiero quedarme sola.

—Venga conmigo.

Entraron en un bar.

—¿Quiere tomar algo, Stella?

—Un bocadillo de ternera.

Frank lo pidió y luego dijo:

—Voy a la cabina.

Marcó el número de su oficina y enseguida oyó la voz de Susan.

—Susan, quiero que te vayas a tu apartamento.

—¿Por qué?

—No rechistes y ponte en marcha inmediatamente.

Te veré allí.

Colgó antes de que Susan empezase con sus preguntas.

Stella comió su bocadillo con mucho apetito.

—¿Quiere otro?

—No, ahora no.

—Stella, ¿le hicieron firmar sus primos algún documento?

—No, hasta ahora no lo hicieron.

Poco más tarde, Frank oprimía el timbre del apartamento de Susan.

Su secretaria abrió.

Se quedó perpleja al ver a Frank con Stella.

—¿Cómo estás, Susan?

—Muy asombrada.

Entraron en el apartamento y Frank dijo:

—Se va a quedar aquí durante algún tiempo, Stella, Susan le hará compañía.

—Quisiera tomar una ducha caliente. Allí sólo me daban duchas heladas. Me está entrando sueño.

—Muy bien. Tome esa ducha caliente y acuéstese. Susan, enséñale el cuarto de baño y el dormitorio.

Las dos jóvenes se fueron y Frank se escanció una buena ración de *whisky*.

Al cabo de unos minutos, Susan regresó. Cruzó los brazos bajo los senos y dijo:

—Lograste sacar a Stella de la clínica, pero más valdría que se hubiese quedado dentro. Te habrán denunciado a las autoridades.

—No lo dudo.

—Te perseguirán como a un criminal.

—Es posible.

—¿Y te quedas tan tranquilo?

—Oye, Susan. Sabes que no podía hacer otra cosa. Se me hacían

nudos en las tripas pensando que esa muchacha estaba allí, en la clínica, sometida a un tratamiento cruel porque no lo necesitaba...

—Pero ¿cómo lo vas a solucionar? Tu única testigo, Anette, está muerta. ¡Ya lo tengo! Habla con el doctor Burton. Quizá él no esté de parte de ellos.

—Cariño, el doctor Burton me quiso convencer para que devolviese a Stella a la clínica Morgan. Lo encontramos en el camino hacia la libertad. Me salió poético, ¿no te parece? —Frank bebió un largo trago de *whisky*.

Susan hizo un gesto de contrariedad.

—Entonces, no tienes nada a tu favor, sabueso.

—Eso es lo bueno que tú tienes, Susan. Das muchos ánimos cuando tiene uno la cabeza en la guillotina.

—Pero yo no te la puse. Tú solito metiste la cabeza en el cepo para que te la cortasen.

—Todavía hay una solución.

—¿Cuál, maestro?

—Anette.

—¡Anette está muerta! ¿O te vas a sacar un as de la manga y la resucitarás?

—No, el navajazo que le pegaron fue definitivo.

—¿Y qué, entonces?

—El cadáver desapareció. Y, ¿qué se hace con los cadáveres? Se les entierra.

Susan agrandó los ojos.

—¿Te refieres a eso, Frank?

—Sí, Susan. Tengo que recuperar ese cadáver. Con él probaría que se cometió un asesinato.

—¿Y cómo vas a saber el lugar adonde han llevado el cadáver?

—Ellos conocen un sitio muy bueno. Un lugar en donde ya hay otro cadáver escondido.

—El del perro. ¡El lago Indio!

—¿Dónde más lo pudieron llevar?

—Suponiendo que no te equivoques, ellos no te van a dejar que hagas lo que quieras. —Ya supongo que no me regalarán el cuerpo de Anette. Pero lucharé por él Frank terminó de beber su *whisky* y se dirigió hacia la puerta.

—Hasta la vista, discípula.

—Aprovecharé el tiempo mientras estoy aquí.

—¿Y cómo lo vas a aprovechar, Susan?

—Buscaré en los periódicos las solicitudes de empleo. Tengo la impresión de que me voy a quedar sin jefe.

—Lo que dije, cariño. Gracias por tus ánimos —contestó Frank antes de salir.

CAPÍTULO X

Otra vez estaba en Indian Falls.

Miró hacia la comisaría y recordó la amenaza de Jack Grant.

Detuvo el coche y saltó.

Jack Grant estaba en compañía de un hombre que también llevaba estrella.

Estaban hablando algo, pero el comisario se interrumpió al ver a Frank.

—¿Qué hace por aquí, Connors?

—He venido a hablar con usted.

—Márchate, Bill —dijo Jack Grant al otro hombre—. A la orden, jefe.

El llamado Bill salió a la calle.

Jack se echó sobre el respaldo de la silla y miró atentamente el rostro de Frank.

—Hable, Connors.

—Comisario, está usted metido en un lío. —Cuidado con lo que dice, Connors.

—Es la pura verdad. Aceptó soborno.

Jack pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Basta, Connors! ¡O lo meto en la celda!

—Como usted quiera.

Frank dio media vuelta y echó a andar hacia la calle.

—Deténgase, Connors.

Frank se detuvo y miró al comisario.

—Creí que no tenía ganas de hablar conmigo.

—Debió dejar este asunto, Connors.

—Pero no lo dejé.

—¿Por qué no?

—Stella Roberts es mi cliente y a ella le estaban haciendo una gran porquería. Usted colaboró en eso. Fue a la cabaña de James Wilson y, delante de Stella, afirmó que Anette Hamilton era Margaret.

—Ande, continúe, no se detenga.

—Pero ya sobrevino el fallo.

—¿Cuál fallo?

—Anette Hamilton fue asesinada.

—No sé de qué me habla.

—La degollaron, jefe.

—¡Cuentos!

—Fue asesinada en el apartamento de un periodista llamado Max Kerrigan. Yo encontré su cadáver.

—¿Dónde está?

—Lo hicieron desaparecer después de dejarme sin conocimiento.

—¡Usted es un fabulista, Connors! ¡Y le voy a hacer pagar caro no seguir mi consejo! Le advertí que no volviese más por aquí.

—No se precipite, jefe.

—¡Lo voy a encerrar!

—¿Bajo qué cargo?

—Me ha acusado de haber aceptado soborno.

—Comisario, usted se metió en un feo asunto. Pero mando lo hizo todavía no se había cometido un crimen.

Ahora han cambiado las cosas. ¿Va a seguir prestando su apoyo a unos asesinos?

La cara de Jack Grant se puso roja.

—¡Nadie me ha hablado así! ¡Nunca lo consentí!

—Éste es el bonito juego de la verdad, comisaria Participe en él. Tiene sus ventajas.

—¡Usted y sus malditos trucos!

—No, jefe. No hay trucos. Ahora soy el dueño de la situación. Por eso vine aquí.

—¿Qué le hace creer eso?

—Tengo a Stella Roberts.

—¡Mentira!

—¿Por qué cree que le miento?

—Stella Roberts está en una clínica psiquiátrica.

—Estaba.

—¡No le creeré!

—Compruébelo si quiere. Ahí tiene el teléfono.

Jack Grant titubeó unos instantes y por último descolgó el auricular y marcó un número.

Cuando se estableció la comunicación, dijo:

—Jack Grant... Hábleme de Stella... ¿qué?... —Estuvo a la escucha un rato—. Está bien...

Gracias.

Colgó y se quedó mirando a Frank.

—¿Ya hizo la comprobación, jefe? —preguntó el investigador.

—Sí. ¿Y sabe qué le digo? Que tiene que estar más chiflado que Stella Roberts para haber hecho una cosa como ésa. ¿Dónde la tiene?

—No lo sabrá.

El comisario se puso en pie y se dirigió hacia la ventana. Miró a través de los cristales hacia el auto de Connors.

—No la traje conmigo —dijo Frank.

El comisario recorrió la distancia que lo separaba de su visitante. De pronto, le soltó una bofetada.

Frank no se estuvo quieto.

Pegó con el dorso de la mano en la cara de Grant y éste se tambaleó.

—¡Lo voy a destrozar, Connors!

Se abalanzó sobre Frank, pero éste le hundió el puño en el estómago y, una fracción de segundo después, le disparó la izquierda a la mandíbula.

El comisario cayó de espaldas y quedó inconsciente.

Frank se sentó en el borde de la mesa y balanceó una pierna.

El comisario se recuperó poco a poco. Le brotaba un hilillo de sangre de la comisura de la boca. Se pasó el dorso de la mano por los labios y, al ver la sangre, dijo:

—Está acumulando cargos para que lo mate, Connors.

—Yo no me voy a dejar.

Grant lo miró con fiereza.

—¡Todavía está a tiempo de apartarse de todo esto, sabueso!

—Lo mismo le digo, comisario.

Grant se levantó.

—Dígame dónde está Stella.

—¿Me cree un ingenuo?

—Todo acabará bien.

—¿Cómo acabará, señor Grant?

—Usted puede recibir mucho dinero.

—Oh, sí, van a ganar dos millones de dólares... James Wilson no tendrá inconveniente en repartir unos cuantos miles.

—¡Cierre la boca!

—¿Por qué no hablar con claridad, jefe?

—De acuerdo. Veinte mil para usted.

—No está mal.

—Sólo tiene que decirme dónde está Stella. Lo demás corre de mi cuenta.

—Dígame usted dónde está el cadáver.

—No hay cadáver.

—Se lo preguntaré de otra forma. Dígame dónde está Anette.

—No sé quién es Anette.

Frank bajó de la mesa. Empezó a retroceder, sin dar la espalda al comisario.

—¿Qué hace, Connors?

—Me voy.

—¡Ponga un precio!

—No, comisario.

—No sea estúpido. No va a conseguir nada tratando de hacer el héroe.

—Eso ya lo dijo, jefe. Los investigadores de la capital nos creemos héroes de las películas.

—La vida es muy distinta.

—Desde luego. Lo es.

—Celebro que esté de acuerdo.

—Y en la vida real, los malos se salen con la suya. ¿No es verdad, jefe? Ustedes organizaron un complot para meter a una pobre chica en el manicomio. Pagaron a una mujer para que representase un papel. Anette Hamilton debía sustituir a Margaret. El objeto era aparentar que Stella Roberts estaba loca. Luego, se la encerraba en un manicomio y, al cabo de un tiempo, ustedes ya lograrían la pasta... Pero se les complicaron las cosas. Anette se les iba a escurrir de las manos. Era demasiado peligrosa. No era una de ustedes. Sólo una mediocre actriz contratada, y la retiraron de la

circulación pegándole un navajazo en el cuello.

El comisario tragó una bocanada de aire.

—Sólo ha dicho tonterías, Connors. Yo no sé nada de eso —sonrió—. Y es su palabra contra la mía.

—Le falta agregar que usted es un comisario y yo un investigador privado.

—Usted es un tipo podrido, Connors. Todo lo tiene en contra.

—Menos una cosa. Tengo a Stella y ella no firmó ningún documento. Ustedes representaron una comedia que terminó con un asesinato, y todavía no cuentan con un solo centavo de beneficios.

Grant apretó los maxilares y sus dientes rechinaron.

—Por última vez, Connors. Recupere el buen sentido.

—Nunca lo perdí.

—Ponga precio usted.

—¿A eso hemos llegado?

—No se iba a matar a la chica.

—Tuvieron mucha consideración con ella. ¿Por qué matarla? Bastaba con encerrarla en una clínica para toda su vida. Después de todo, la clínica Morgan es un establecimiento modelo. Si un paciente se pone nervioso, se le pega una ducha helada, y si se pone más nervioso, se le mete en la camisa de fuerza. Es usted un cínico, comisario. Tengo ganas de meterle una bala en la barriga, pero no lo puedo hacer por esa estrella que lleva en el pecho. Eso es lo que le salva.

—Yo se la puedo meter a usted, Connors.

—Ya sé que puede, jefe.

—Entonces, ándese con cuidado.

—No puede hacer nada, contra mí mientras yo tenga a Stella.

—No esté muy confiado.

Frank abrió la puerta y salió de la comisaría.

Fuera lucía un sol espléndido en un cielo azul, y las gentes pasaban hablando o riendo.

Era gracioso, muy gracioso, que la vida siguiese su curso allí mientras en la comisaría, Jack Grant estaba dispuesto a todo. A recluir a una inocente en un manicomio. A matar por un puñado de dólares.

Se metió en el coche y se puso en camino hacia lago Indio.

Al llegar a la cabaña de James Wilson, vio en la cochera un

automóvil.

Se detuvo a un lado del camino y fue al portón, que estaba abierto.

Pasó al interior y vio en la piscina, nadando, a Margaret.

Sentado en una hamaca también en bañador, estaba James Wilson.

CAPÍTULO XI

Frank se dirigió hacia la piscina.

Wilson oyó sus pasos y levantó la mirada.

—Mira a quién tenemos aquí, Margaret —exclamó, de buen humor.

La joven detuvo sus brazadas y flotó.

—Caramba, pero si es el señor Connors.

—Qué sorpresa, ¿verdad?

—Sí, James. Trátalo bien...

—Desde luego, amor.

Frank arrugó el ceño mientras se acercaba.

Los dos esposos Wilson estaban hechos pura miel. Pero no hacía falta ser muy listo para saber que habían iniciado otra representación.

—¿Cuál es la comedia? —preguntó, al detenerse ante Wilson.

—¿A qué comedia se refiere? ¿Lo sabes tú, querida?

Margaret estaba braceando hacia el borde de la piscina. Y ahora subió por la escalerilla. Estaba hermosa con su bikini imitando la piel de leopardo. Se quitó el gorro de baño y sacudió la cabeza.

—Seguramente el señor Connors se refiere a que somos demasiado amables con él. —Y no tienen por qué serlo— dijo Connors. —Les he agitado la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—Una que vale dos millones de dólares.

—¿Se refiere por casualidad a la herencia de Stella?

—No me refiero a la de Rockefeller, que debe ser un poco más alta.

—Es usted muy gracioso, señor Connors.

—Celebro que me encuentre divertido. Pero tengo a Stella.

—¿Ah, sí?

—Ustedes lo deben saber.

—Nos informó el doctor Burton, y creímos que usted la llevaría a otra clínica. Le dije a James que, seguramente, usted no estaba conforme con el doctor Burton y quizá prefería que Stella fuese tratada por su propio siquiatra.

—Saben que Stella no necesita ningún siquiatra. Ustedes la quisieron volver loca. —Señor Connors, dice ahora cosas horribles... Querido, no estás tratando bien al señor Connors. ¿Por qué no le ofreces un *whisky*?

—Oh, sí, perdone.

Escanció *whisky*, añadió dos cubitos de hielo y alargó el vaso a Frank. Éste lo aceptó mientras pensaba que allí había gato encerrado.

James y Margaret parecían tranquilos a pesar de que las cosas no marchaban bien para ellos. ¿O se equivocaba?

Bebió un trago de *whisky* y, después de chasquear la lengua, dijo:

—No les sirvió de nada hacer pasar a Stella por loca.

—No la hicimos pasar por loca —le contestó Margaret—. Ella es una demente.

—No pudieron conseguir lo que se proponían.

—¿Qué cosa?

—La administración de los bienes de Stella.

—Está usted equivocado, Connors. Stella nos firmó un documento.

—No les firmó nada.

—Firmó.

Vio la cara sonriente de Margaret y luego la de James, y entonces comprendió que Stella pudo firmar sin darse cuenta. Estaba claro. Stella había permanecido muchos días en la clínica del doctor Morgan. Margaret y James habían conseguido su propósito. Ése era el motivo de que estuviesen tan tranquilos.

—¿Ya lo aceptó, Connors? —preguntó Margaret.

—Creo que sí.

—Entonces se puede ir.

—A cierta persona no le va a gustar que ustedes la engañasen.

—¿De quién está hablando?

—Del comisario. El ignora que Stella firmó.

—Oh, fue un olvido por nuestra parte.

—Les comprendo. Se sirvieron del comisario y ahora quieren apartarlo del asunto. Y creo que comprendo la razón. El comisario debió pedirles mucho dinero por intervenir en el complot.

—Es un comisario bocazas.

—¿Se lo han dicho a él?

—No, todavía no.

En aquel momento se detuvo un coche cerca de la cabaña.

—Quizá tengan ahora la oportunidad —dijo Frank. Jack Grant entró en el jardín. Vio a las personas que había en la piscina y se dirigió hacia allí.

—Hola, Margaret —saludó.

Ella le dedicó una sonrisa.

—¿Cómo está, señor Grant?

—Fastidiado.

—¿Y quién es el culpable?

—El sabueso contestó Grant, mirando a Connors. El investigador privado bebió un trago de *whisky* y dijo:

—¿No se lo van a decir?

—¿Qué es lo que tienen que decirme? —inquirió el comisario.

—Ellos lo burlaron, señor Grant. Ya tienen el documento firmado por Stella. James Wilson y su bella esposa son los administradores de dos millones de dólares. Jack Grant enarcó las cejas.

—¿Es cierto, Margaret?

—Sí.

La cara del comisario pareció convertirse en granito.

—James, esto no me gusta nada.

—No lo hicimos para que te gustase.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—Pusiste demasiado cara tu colaboración. Cincuenta mil dólares era mucho dinero.

—Vosotros ibais a ganar infinitamente más.

—Teníamos derecho porque somos los herederos. Pero tú no eras un heredero, comisario.

—¿Y qué?

—Te daremos veinte mil.

—No, James. No me voy a conformar.

—Tendrás que aceptar nuestras condiciones.

—No se dijo de matar a nadie, James.

—¿Y a quién se mató?

—Murió la chica rubia.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El sabueso.

—El sabueso dice muchas tonterías. No hubo ninguna muerte.

El comisario miró a Connors.

—¿Qué dice a eso, sabueso?

—Yo vi a Anette Hamilton degollada. ¿Cuántas veces quiere que se lo repita?

—Que enseñe el cadáver —dijo James.

—Ya le dije al comisario que lo secuestraron.

—¿Lo ves, comisario? No ha habido ninguna muerte Connors apuntó con el dedo a James.

—Aquí se ha hablado de locura con respecto a Stella Roberts. Pero usted es el loco, James... Ha llegado al crimen. ¿Cree que le va a salir bien?

—Me saldrá bien.

—Tengo a Stella y ella es quien decide. La haré examinar por doctores imparciales y ellos establecerán su cordura.

—Usted no hará tal cosa.

—¡Lo haré como hay cielo!

—Usted ya no tiene a Stella.

—La tengo.

—No, no la tiene...

Se oyeron pasos y Connors volvió la cabeza.

Max Kerrigan había salido de la casa con una pistola en la mano.

Frank movió la diestra hacia su bolsillo.

—No haga eso, detective —dijo Kerrigan—. No lo haga o lo defuncio.

Frank se quedó quieto.

Max Kerrigan llegó ante ellos.

Margaret soltó una risita.

—Max, dile a nuestro invitado de honor lo que pasó.

—Tengo a las dos chicas. A Stella y a su secretaria, Connors.

Frank negó con la cabeza.

—No lo creo, Kerrigan.

—Supuse que no lo creería.

Metió la mano izquierda en un bolsillo y sacó un papel.

—Obliqué a su secretaria a que le escribiese un mensaje para que saliese de dudas.

Frank cogió el papel y leyó el contenido: «Lo siento, jefe, pero nos atraparon. Luego estaba la firma de Susan. Era inconfundiblemente su letra.

—¿Dónde están? ¿Ahí dentro?

—Es posible. Quién sabe. Quizá —contestó el periodista, con sarcasmo.

—No debió hacerlo, Kerrigan.

—Está hecho.

—Son una pandilla de chiflados. El secuestro se castiga con la última pena. Todos ustedes lo saben —fijó los ojos en el rostro del comisario—. ¿No tiene nada que decir, Grant?

Jack se pasó una mano por la cara.

—Maldita sea, lo has complicado macho, James.

—No fue culpa nuestra, sino de Connors.

—Debisteis detenerlos.

—Ya no nos podíamos detener.

Frank intervino.

—Comisario, sálgase de esto.

Grant guardó un silencio y Margaret intervino.

—No se puede salir, comisario. Está metido hasta el cuello. ¿Por qué cree que utilizamos su colaboración? ¿Simplemente para que le dijese a mi prima que yo no era yo?

—Creí que sólo era eso.

—No sea estúpido.

Frank pensó que podía sacar partido de aquella situación.

—Comisario, ya cometieron un crimen, a pesar de que usted no sepa dónde está el cadáver. Pero ahora van a cometer otros homicidios. Han pensado desembarazarse de mi secretaria y de mí... No necesitan matar a Stella porque les bastará con internarla de nuevo en la clínica... Pero con tres muertes tendrán suficiente para mancharse de sangre hasta los calcetines.

El comisario se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—¿Era necesario esto, James?

—Sólo dices tonterías, Grant. Nadie pensó en matar. Sólo necesitábamos que Stella fuese internada en la clínica. Y fue lo que se hizo. Todo lo que pasó extra fue culpa de Connors. Pero ahora le vamos a ajustar las cuentas.

—¿No hay otra solución?

—No la hay. Connors no es de los que se dejan sobornar.

—Ya lo sé.

—No es contra usted, comisario —dijo Margaret, agresiva.

Frank dio un paso hacia el comisario.

—Grant, usted es el representante de la ley. Opóngase a todo esto.

El comisario guardó un silencio.

Margaret habló de nuevo.

—Grant, usted sólo tiene que cerrar los ojos. Y lo mejor para eso es que duerma. Váyase a su oficina y no vuelva por esta orilla del lago hasta mañana.

—Sí, creo que será lo mejor.

El comisario dio media vuelta y echó a andar hacia la salida.

—Grant —gritó Connors—, ¿es que va a consentir que se cometan más crímenes?

Kerrigan lo apuntó con la pistola.

—Sabueso, si dices una palabra más, te baleo aquí mismo. Recuerda que las cabañas vecinas están cerradas y que no me importará apretar el gatillo.

Connors vio la cara del periodista y supo que no vacilaría en disparar.

El comisario desapareció y poco después oyeron su coche que se marchaba.

Margaret volvió a reír.

—¿Lo sé, señor Connors? No ha servido de nada su intervención.

Frank guardaba todavía en el bolsillo la pistola. Tenía que sacarla antes de que se la quitasen. Pero Max lo vigilaba atentamente.

—Kerrigan —dijo—, tú mataste a Anette.

—Fue preciso.

—¿Por qué?

—Anette era floja. Tú habrías podido hacerla cantar, Connors. Te habría bastado apretarle un poco las clavijas.

—Entiendo, y también ahora sé por qué te metiste en el asunto. Fue Anette quien te lo contó todo.

—Eres muy listo.

—No quisiste desaprovechar tu oportunidad y con la información que te dio Anette te presentaste a los Wilson y los chantajeaste.

—Un chantajista se limita a ser una sanguijuela. Pero yo ayudé para arreglarlo todo. —Oh, sí, mataste a Anette, secuestraste su cadáver y más tarde raptaste a Susan y a Stella... Todo un récord.

—Ya hablaste demasiado y te voy a liquidar.

—Ahora, no —dijo Margaret.

—¿Por qué no? Esta hora es tan buena como otra.

—Esperaremos a la noche. —Yo no quiero esperar.

James dejó oír su voz seca:

—Yo soy el que manda, Kerrigan.

—¿Y qué?

—Será esta noche porque entonces nos desembarazaremos también de sus cadáveres. Ahora no podríamos hacerlo.

—Está bien.

—Llévalo con las chicas. —Andando, Connors.

Frank se iba a poner en marcha cuando Margaret dijo:

—Ibas a cometer un error, Kerrigan.

—¿Qué error?

—No registraste a Connors.

CAPÍTULO XII

Frank fue introducido en una habitación.

Le habían quitado la pistola y la cachiporra.

Stella estaba tendida en una cama.

Susan salió al encuentro de Frank cuando la puerta se cerró. — Frank, estamos perdidos.

—Calma, pequeña. ¿Cómo os cogieron?

—Fue ese Kerrigan.

—¿Por qué le abriste?

—No le abrí. Tenía una llave maestra y abrió, Me apuntó con la pistola y ya no pude hacer nada. —Está bien. Olvídalo.

—¿Olvidarlo? Eso quisiera yo. No me gusta tener pesadillas, pero estoy pidiendo al cielo que ésta sea una de ellas.

—No lo es, Susan.

—¿Quién da ahora los ánimos?

—Saldremos de la casa.

—Oh, sí. Saldremos con los pies por delante.

—Buen chiste.

—No lo decía para probar mi ingenio.

—¿Cómo está Stella?

—Se derrumbó. La han estado drogando, y cuando nos cogió Kerrigan, pensó que era el final, que Otra vez volvería a la clínica... Sufrió un ataque de histeria. Ese bestia de Kerrigan la golpeó. La droga se la dieron al llegar aquí.

—Los primitos, ¿eh?

—Sí, ellos se preocupan mucho por Stella.

Frank se acercó a Stella y comprobó que dormía.

Frank echó un vistazo a la habitación. Las ventanas tenían unas rejas de estilo español. Puso las manos en los barrotes para probar

su solidez.

—No hay nada que hacer.

—Has sacado la misma conclusión que yo —repuso Susan—. Tendríamos necesidad de dinamita para abrir un agujero. ¿Crees que Kerrigan nos vendería un par de cartuchos?

Frank se frotó la mejilla.

—No creo que quisiese hacer ese negocio con nosotros.

—Oh, jefe, no quiero morir.

—Sólo me quieren matar a mí.

—Mientes.

—Te aseguro que no.

—También me despacharán a mí.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Porque soy tu secretaria y lo sé todo.

—Deja el pesimismo.

—Pero si soy la mar de optimista. Pero cuando todo se pone negro, lo veo negro.

—Siempre hay un rayo de esperanza.

—¿Y dónde está que yo no lo veo?

—No te quejes y dame una horquilla.

Susan se quitó una horquilla del cabello y la entregó a Frank.

—Ahora veo el rayo de luz. Te has ganado un beso, jefe.

—Resérvamelo para cuando consiga abrir.

—Trato hecho.

Frank manipuló con la horquilla en la cerradura.

Se oyó un chasquido suave y quedó abierto.

Al enderezarse, Susan le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

—Eh, chica, ¿quieres ahogarme? Hay que darse prisa. Despierta a Stella.

Frank abrió poco a poco la puerta y salió al corredor. No vio a Kerrigan y dio un suspiro de alivio.

Stella se despertó y quiso dar un grito, pero Susan se lo impidió cubriéndole la boca con la mano.

—Frank está con nosotras, Stella. Vamos a escapar.

Los ojos de Stella se iluminaron al ver a Connors.

—Frank, qué alegría verte.

—Yo también me alegro de verte a ti.

—Todos nos alegramos —dijo Susan—, pero nos volveremos a poner tristes si no nos damos prisa en escapar.

—Yo iré delante. No separaos de mí.

—Descuida, jefe. Serás un imán para nosotras.

—Siempre he dicho que tenía magnetismo para las mujeres.

—No seas presuntuoso.

Salieron de la habitación y caminaron hacia la escalera.

Oyeron voces.

Abajo, a la izquierda, estaba la puerta que comunicaba con el *living*.

—Quiero medio millón para mí —decía Kerrigan.

—Y un cuerno —le contestó Margaret.

—Me lo he ganado bien.

—No hay en efectivo medio millón de dólares.

—Lo sacaréis para pagar a vuestro amigo Kerrigan Sin mí ya estaríais en la cárcel.

—Nuestro amigo Kerrigan lo estropeó todo matando a Anette.

—Quedamos en que no fui yo quien lo estropeó.

—Te precipitaste al liquidar a Anette.

Frank hizo una señal a las jóvenes para que no hicieran ruido al bajar la escalera.

Seguían escuchando la conversación que tenía lugar en el *living*.

—Quiero mi parte —insistió Kerrigan.

—Te daremos cincuenta mil dólares en efectivo —contestó Margaret.

—Es la décima parte de lo que os he pedido.

—No podemos darte más de momento. Es preferible que te conformes.

—¿Y luego, qué?

—Te iremos pagando mensualmente. Serás como un socio.

—No sé si me conviene.

—No se trata de que te convenga. Ya te he dicho que la herencia de Stella consiste en fábricas de productos químicos. ¿Crees que vamos a vender una cuarta parte de los inmuebles para pagarte a ti? Sería la ruina del complejo industrial.

Ya habían llegado abajo de la escalera.

James dejó oír su voz:

—¿Por qué no dejáis de discutir? Todo está muy claro, Kerrigan.

Hay que aceptar las cosas como vienen.

Frank hizo una señal a las jóvenes para que pasaran.

Susan y Stella cruzaron hacia la salida.

Frank interrumpió la respiración. Por fortuna, los cómplices seguían discutiendo y Kerrigan parecía muy alterado.

—Si habéis pensado en jugármela, será mejor que os lo quitéis de la cabeza.

—Nadie ha pensado en jugártela —repuso Margaret.

—De acuerdo. Seré vuestro socio pero con todas las garantías.

Frank cruzó también.

Susan ya había abierto la puerta y salieron de la casa.

—Al auto —dijo Frank.

Corrieron por el camino que conducía a la parte exterior del jardín, donde Frank había dejado su coche. Y allí estaba.

De pronto oyeron la voz de Kerrigan en el porche.

—¡Alto, Frank!... ¡No vas a huir!

—Adentro, Susan —dijo Connors.

Las jóvenes entraron en la parte trasera del coche mientras Stella daba gritos de terror. Frank se sentó ante el volante. Por fortuna, había dejado puesta la llave de contacto. De lo contrario, se la habrían quitado al registrarlo. Le dio vuelta a la llave y el motor se puso en marcha. Pero enseguida se silenció.

Oyó los pasos precipitados de Kerrigan por el camino del jardín.

Stella gritó otra vez.

Frank dio de nuevo vuelta a la llave de contacto. El motor se puso en marcha y esta vez arrancó.

Pasó como una flecha por delante de la cabaña cuando Kerrigan salía.

El periodista hizo fuego. Una vez. Dos. Tres.

—¡Al suelo! —gritó Frank.

Las muchachas no necesitaban el consejo porque se habían tirado del asiento.

Frank tomó una curva con dos ruedas al aire. Pareció que iban a volcar, pero el vehículo recuperó el equilibrio.

Llegaron a una bifurcación y Connors eligió un camino empinado que conducía a las montañas.

—¿Adónde Vamos, Frank? —preguntó Susan.

—No podemos ir por Indian Falls para llegar a Los Angeles.

James ya habrá avisado al comisario que nos dirigimos hacia allí y nos cortarían el paso.

Tienes razón.

La carretera era cada vez más empinada y con muchas curvas.

—En cuanto lleguemos a Los Angeles pondremos a Stella en custodia judicial. Pediremos un examen psiquiátrico. Ésa es una parte.

—¿Hay una segunda?

—Acusaré formalmente a todos ellos de la muerte de Anette Hamilton.

—¿También al comisario?

—También al comisario.

—Pero no tienes el cadáver de Anette Hamilton.

—Lo tendremos muy pronto.

—¿Sabes dónde está?

—Kerrigan lo debió arrojar al lago. Apuesto por eso Podrán encontrarlo sin mucho trabajo.

—Ojalá no te equivoques.

Frank puso la radio.

Oyeron unos instantes música y de pronto la voz de un locutor dijo:

—Interrumpimos nuestra emisión para lanzar al aire un boletín de la policía. Un peligroso asesino, Frank Connors, anda súbito. Se le acusa de la muerte de Anette Hamilton, mujer a la que mató a sangre fría con una, navaja de afeitar. El comisario de Indian Falls ha ordenado el corte de todas las carreteras que rodean el lago Indio, Patrullas de la policía están alertas. Se ruega a cualquier persona que vea un automóvil color crema, matrícula de Los Angeles, lo comunique a las autoridades. —A continuación dio el número de la matrícula del coche de Frank Connors, y luego agregó —: El asesino viaja en compañía de dos jóvenes. Una desequilibrada mental, Stella Roberts, y Susan Martín, a la cual se considera cómplice del asesino.

El locutor terminó de dar el boletín y se reanudó la música. Susan exclamó:

—Sólo me faltaba eso en mi carrera. Ser la asesina del año.

—Siempre dije que llegarías muy alto.

—Gracias, amado jefe, pero hay ciertas alturas que preferiría no

escalar.

—Frank —dijo Stella—, estamos perdidos.

—Todavía no.

—¿Es que no lo has oído? ¡Han cortado todos los caminos! ¡Nunca podremos llegar a Los Angeles!

—Querida —repuso Susan—, tú no conoces a Frank Connors. Lo puede todo. Si hace chasquear los dedos, a nuestro coche le crecerán alas.

—No seas corrosiva, secretaria.

—¿Ves cómo eres el espíritu de la contradicción? Cuando pretendo dar ánimos, también golpeas bajo.

—Lo que tú dices no da ánimos a nadie. Todos sabemos que el automóvil no se convertirá en pájaro.

—Entonces te haré la misma pregunta que Stella. ¿Qué vamos a hacer? ¿Dejar que las cosas se arreglen solas?

—Las cosas no se arreglan solas. Hay que empujarlas un poquito. Me temo que esta vez el empujón ha de ser muy gordo.

—Tengo un plan. Nos apartaremos del camino en cuanto nos adentremos un poco más en las montañas.

—¿Para qué?

—Para esperar que se haga de noche.

—¿Y luego?

—Luego, con la ayuda del cielo, trataremos de salvar el cerco y llegar a Los Angeles.

Susan miró a Stella y dijo:

—¿Lo ves, muchacha? ¿Por qué preocuparse cuando tenemos a Superman con nosotros?

CAPÍTULO XIII

Era noche cerrada.

Se habían detenido entre la espesura formada por los pinos y los arbustos del monte.

—Bien, muchachas, ha llegado la hora —dijo Frank.

—Sí —asintió Susan—, ha llegado la hora de ir al encuentro de nuestros cazadores.

—Los burlaremos.

—Ojalá no te equivoques.

—Cuando estemos en nuestra oficina te recordaré eso.

—¿Puedes recordármelo también antes de que nos asen en la silla eléctrica?

—A ti no te asarían nunca.

—¿Por qué no?

—Porque con una buena minifalda y una caída de pestañas te ganarías a los jurados.

—¿Lo dices de corazón, jefe?

—Completamente.

—Entonces déjame que te de un beso.

—Guárdamelo para cuando hayamos salido de esto. Frank puso otra vez el coche en marcha y volvió a la polvorienta carretera, Stella había caído en otra de sus depresiones.

—Tengo sueño, Susan.

—Recuéstate en mi hombro y duerme, querida.

Frank conducía a oscuras. No quería encender las luces porque podría ser localizado inmediatamente por algunos de sus perseguidores. En aquella lucha no podía conceder la menor ventaja. Era como la caza del zorro. Y ellos eran las piezas a cobrar.

Siguieron avanzando en la oscuridad.

A lo lejos vieron, una luz.

—Allí hay una patrulla —dijo Frank.

—Hay que retroceder.

—No lo haré.

—Nos pillarán enseguida. ¿O es que quieres entregarte?

—Debería despedirte por decir eso. Oye mi plan. Nos iremos acercando despacio con las luces apagadas. Encenderé los faros de pronto para deslumbrarlos, y pasaré por uno de los lados de la barrera.

—Supón que no han dejado espacio bastante para escapar.

—Reza porque lo hayan dejado.

—Ya estoy rezando.

Poco a poco se iban acercando a las luces.

Frank sacó el coche de la carretera aprovechando un trozo de terreno que había próximo a los árboles.

De esa forma pudieron eludir los focos.

De pronto encendió los suyos y apretó el acelerador. Su auto saltó como un rugiente tigre.

Pero se llevó la sorpresa. Aquel camino por el que iban se iba estrechando más y más porque los árboles se iban acercando a la carretera.

No tenía salida por aquel lado.

Dobló bruscamente el volante hacia la izquierda haciendo chirriar los neumáticos. Por el otro lado vio un espacio por el que podrían pasar si no se estrellaban contra las rocas.

Oyó las voces de los policías.

—¡Deténganse!

—¡Dispara, muchacho!

Frank se precipitó por el hueco en el momento en que disparaban.

Las balas rebotaron en la carrocería. Por un momento pareció que el vehículo se estrellaría contra las rocas, pero Frank logró pasar.

El lado izquierdo del coche chirrió al rozar contra las aristas puntiagudas de las rocas.

Luego saltó a la carretera. Habían traspasado la barrera.

Las jóvenes estaban otra vez en el piso del coche.

Una lluvia de balas golpeó contra la carrocería.

Por fortuna llegaron a una curva.

Frenó y soltó otra vez el pedal cuando estaban en el centro de la curva.

El vehículo se bamboleó con crujidos siniestros.

Frank lanzó un grito de triunfo cuando logró hacerse dueño del coche.

—Pasamos un peligro.

Susan asomó la cabeza por detrás.

—¿Y cuándo será la próxima sesión de montaña rusa?

—Ya te avisaré.

—Eres muy audaz, jefe, pero esos hombres que hemos dejado atrás habrán comunicado nuestra posición al resto de las patrullas.

—Siempre tan alegre.

—No lo digo para amargarte la vida, sino para que tomes precaución.

A la salida de otra curva vieron a lo lejos más focos.

—Vienen a nuestro encuentro —dijo Frank—. Hay que salir de esta carretera.

Otra vez había apagado los focos.

De pronto vio un camino por la derecha. Frenó bruscamente, retrocedió muy aprisa y por fin se metió por aquel camino.

El auto empezó a saltar.

—Aquí tienes la auténtica montaña rusa, Susan.

—Iremos a parar a un precipicio.

—No se hacen los caminos para tirar a la gente a los precipicios.

Frank vio por el espejo retrovisor que un coche patrulla pasaba de largo.

Ellos siguieron hacia delante y, minutos más tarde, después de pasar una curva, Frank encendió los faros.

El camino seguía trepando por la montaña y debía ser la más alta de la cordillera.

Susan tenía un mapa en la mano y lo alumbraba con una pequeña linterna.

—Frank, ¿sabes adónde conduce esto? A las minas de plata de Santa Cecilia. Están abandonadas desde hace docenas de años. Lo dice aquí.

—¿Adónde lleva el camino?

—Al Valle de la Muerte.

—Debe quedar todavía muy lejos.

—A unas doscientas millas, pero iremos a parar allí si no nos desviamos de la ruta.

—¿Hay algún camino para desviarse?

—Hay uno en las propias minas.

—Estupendo. ¿Adónde iríamos por él?

—Hacia el sur.

—Déjame que le eche un vistazo.

Frank aminoró la marcha para mirar el mapa.

—Viajaremos en busca de la carretera Ochenta, la que conduce a San Diego. Es nuestra única salida.

—¿Llegaremos?

—Claro que sí. ¿Qué hace Stella?

—Se ha quedado dormida en el suelo.

—Levántala y que se acueste en el asiento.

—Si la levanto, la despertaré. Es mejor que siga tranquila.

De pronto el motor empezó a ratear.

—¿Qué pasa, Frank?

—Que el coche protesta. El pobre ha recibido demasiadas heridas.

—Quizá lo tocaron con alguna de las balas.

Durante diez minutos pudo seguir adelante, pero cada vez el motor fallaba más.

Frank vio a la derecha un viejo cartel despintado: «Minas de Santa Cecilia».

El motor soltó un petardeo y se detuvo.

—Se acabó el viaje, muchacha.

—¿Lo podrás arreglar?

—Lo intentaré. Quedaos ahí. Hace mucho frío fuera.

Frank, con la ayuda de la linterna, examinó el motor, y volvió junto a Susan.

—No hay nada que hacer. Es una avería grave y no tengo material de repuesto.

—Dios mío, ¿quiere decir que nos vamos a quedar aquí?

—Trataremos de encontrar ayuda.

—Pero ¿quién va a ayudar a unos perseguidos por la justicia?

—Siempre hay almas caritativas.

De pronto oyeron una voz.

—¡Manos arriba!

Susan soltó un grito.

—¡Ya nos cogieron, Frank!

Connors miró hacia el lugar de donde venía la voz y vio aparecer a un anciano de barba blanca que manejaba un rifle. Tenía el aspecto de un minero.

—Buenas noches, amigo.

—¿Qué hacen por aquí?

—Nos perdimos, abuelo, y para colmo sufrimos una avería.

—¿Cuál es su nombre?

Frank decidió no decirle el verdadero. Aquel tipo parecía vivir apartado del mundo, pero podía tener radio.

—Albert Darnell. Viajo con mi esposa Helen y mi cuñada Sally...

—Soy Peter Miller.

—Encantado, señor Miller. ¿Podría ayudarnos? —Puedo darles de cenar si es lo que necesitan.

Es usted muy amable.

—Vengan a mi cabaña. Está a poca distancia de aquí.

Frank guiñó un ojo a Susan. Quería decirle con ello que pusiese al corriente a Stella de sus nuevos nombres y situación.

Frank fue al lado de Miller para distraerlo y dar tiempo a que Susan cumpliera aquella parte.

—¿No tiene automóvil, señor Miller? Se lo podría alquilar a un buen precio.

—No he tenido un automóvil en mi vida.

—¿Y cómo se traslada de un sitio a otro? —Tengo tres asnos.

—Ah, ya... ¿Qué hace aquí, señor Miller?

—Busco plata en las minas abandonadas. Me da para vivir.

Las dos jóvenes bajaron del auto.

Susan hizo una señal a Frank para tranquilizarlo con respecto a Stella.

—¿Nos podemos ir? —preguntó Miller.

—Cuando quiera.

Efectivamente, la cabaña estaba cerca.

El viejo la tenía iluminada con una lámpara de petróleo.

—Tengo dos camas. Pueden utilizarlas.

—No sería correcto —dijo Susan.

—No se preocupen. Yo duermo muchas veces a la intemperie.

Me gusta.

—¿Y no tiene frío?

—No.

Frank vio la radio encima de la mesa, aunque no estaba en funcionamiento. Miró a Miller hasta que se metió en la cocina. — Parece un buen hombre— dijo Susan en voz baja. —Quizá aciertes.

—Tú no confías en nadie.

—La vida me enseñó a ser así.

—Pero es un pobre viejo.

Oyeron que Miller estaba friendo algo en la cocina. Stella dijo:

—Creo que hemos llegado al final. Nos debemos entregar.

—Caeríamos en manos del comisario. Es uno de ellos. No, Stella.

No podemos hacer tal cosa.

—Pero yo les contaría la verdad.

—Tu verdad no sería aceptada.

—Pero entonces, ¿qué camino vamos a seguir?

—He de arreglar el coche. Si Miller me presta un asno, viajaré hasta el lugar donde pueda comprar la pieza de repuesto.

Fue a la cocina.

—Señor Miller.

—Diga.

—¿Cuál es la estación de servicio más cercana?

—Hay una a diez millas de aquí, en la dirección de San Diego.

—¿Me quiere dejar uno de los asnos? Tengo que ir allí para traer la pieza que se me averió.

—Desde luego. Puede cogerlo. Hay tres en el corral. Elija el más alto. Es el más ligero. Sólo tiene que echar por el camino de la izquierda. Pero tómelo con paciencia. Le llevará tiempo llegar allí.

—Tengo toda la noche. Gracias.

—¿No va a comer algo?

—Prefiero salir cuanto antes para regresar pronto.

—Como usted guste.

—Le pagaré por su ayuda.

—No le he pedido nada. Lo hago con mucho gusto.

—Gracias.

Frank abandonó la cocina e informó a las jóvenes.

—Os vais a quedar aquí. Volveré lo más pronto que pueda.

Las muchachas asintieron.

Susan salió con Frank de la cabaña.

—Jefe, recuerda que nos dejas desamparadas.

—No lo olvidaré.

—¿Me das el beso ahora o te lo sigo reservando?

Frank la rodeó por la cintura y la besó en los labios.

Al separarse dijo:

—Ése no me gustó. Resérvame otro.

—Eres un abusón, Frank.

Poco después, Connors salía de allí montando en el asno.

Las jóvenes quedaron a solas con Miller, el cual apareció con la carne que había preparado.

—Tengo también conservas —dijo.

Susan y Stella comieron con apetito.

Miller estaba sentado en una silla.

—Es usted muy bueno con nosotras, señor Miller.

—Ya le dije a su marido que lo hago con mucho gusto. ¿Quieren irse a dormir?

—Sí, creo que nos conviene a las dos. Tuvimos un viaje muy agitado.

—Es la primera puerta de la derecha.

Las jóvenes se levantaron y dieron las buenas noches a Miller.

Cuando Miller quedó a solas, fumó un cigarrillo. Terminó éste y salió de la cabaña.

Anduvo como media milla y llegó a las minas abandonadas.

Entró en un edificio de madera.

Allí había una mesa, una silla, y en la pared un teléfono.

Descolgó.

—Telefonista... Telefonista... Quiero hablar con el comisario Jack Grant.

Tuvo que esperar un rato antes de oír la voz de Grant.

—Aquí, Grant.

—Comisario, soy Peter Miller...

—¿Qué te pasa, abuelo? ¿Te volviste a romper el brazo como el año pasado?

—No, Grant. Esta vez te llamo para darte una buena noticia. Estuve escuchando la radio... Ya sabes, ese boletín acerca del asesino, la loca y la otra mujer. —Entiendo, y tú los has visto.

—Sí.

—Oye, Peter, ¿sabes cuántas personas han visto a los fugitivos? Yo te lo diré. Diecisiete. Han sido vistos al norte, al sur, al este y al oeste del lago Indio. En todos los puntos cardinales. Por eso temo a los boletines que se dan por la radio. Sólo contribuyen a crear el caos.

Miller soltó una risita.

—¿Ya terminaste, Grant?

—Sí, y ahora déjame en paz.

—Están aquí.

—¿Qué dices, Peter?

—Que los tengo en Santa Cecilia. Se les averió el coche y me pidieron ayuda. Tuve que hacerme el tonto para confiarlos...

—En seguida me pongo en camino. No los dejes salir.

—Salió uno.

—¿Quién?

—El hombre.

—¿Y a dónde fue?

—A la estación de servicio de Leo Harris. Se le averió el coche, como ya te dije, y fue porcina pieza de repuesto. Va montado en mi asno más grande. Por las mujeres no tienes que preocuparte. Se fueron a la cama. —Estupendo, Peter. Me ocuparé de ellos.

—¿Dan alguna recompensa?

—Te la daré yo mismo.

—¿Cuánto, Jack?

—Cien dólares.

—Gracias.

—Pero procura que ellas sigan donde están.

—No te preocupes. No saben nada. Voy a estar despierto delante de la puerta del dormitorio, y con el rifle preparado por si intentan alguna cosa.

CAPÍTULO XIV

Susan salid del dormitorio.

Vio a Miller sentado en una silla, con el rifle entre las piernas.

—¿Adónde va, señorita?

Eso alarmó a Susan. Frank le había dicho al minero que ella era su esposa. Sin embargo, le contestó:

—Ahí dentro hace mucho calor. Tomaré el fresco.

—No puede salir.

—¿Por qué no?

El viejo se mojó los labios con la lengua.

—Hay alimañas ahí fuera.

—¿Qué alimañas?

—Coyotes, serpientes...

—Pero no se acercarán a la casa.

—Antes, cuando en el poblado había mucha gente, tenían miedo, pero ahora estoy yo solo. A veces los coyotes llegan hasta la misma puerta y la arañan con sus patas. Lo que pasa es que yo estoy acostumbrado.

Susan estaba pensando mucho. ¿Por qué aquel hombre estaba sentado allí con el rifle? —¿Funciona la radio?— preguntó.

—No.

—Qué lástima, podría haber oído música. ¿Me quiere traer un vaso de agua?

Miller titubeó unos segundos. Luego se levantó tomando el rifle con la mano derecha. —Está bien. Le traeré el agua.

—Gracias.

Miller se fue a la cocina y Susan se dio mucha prisa en acercarse a la radio. Hizo girar la llave correspondiente y la radio se encendió. Un hombre estaba dando noticias del Vietnam. Cerró

enseguida.

Miller apareció con el rifle en las manos.

—¿Qué ha hecho, señorita?

—Encendí la radio. Debió equivocarse. Todavía le quedan pilas. Aunque eso es fácil. A veces creemos que están agotadas.

Los ojos de Miller se habían empequeñecido mientras observaba a Susan.

—¿Tiene teléfono? —preguntó Susan de pronto.

—No —casi gritó Miller.

Susan dijo:

—¿Me trae el agua?

—Ahora se la traigo, pero estese quieta.

—Sí, señor.

Miller volvió a la cocina, Susan fue hacia la puerta, la abrió y salió fuera.

Vio las casas del fondo y echó a correr.

Tenía que haber teléfono allí. Y aquel hombre había avisado a la policía. Estaba segura de que era eso. Miller había oído el boletín de la policía y, prácticamente, las tenía prisioneras. Ella tenía que encontrar ese teléfono para llamar a la estación de servicio y avisar a Frank.

Cuando llevaba unos metros corriendo, pensó que lo mejor habría sido coger uno de los asnos e ir en busca de Frank.

Llegó ante un gran edificio de madera y entró. Vio la mesa, la silla y el teléfono.

No se había equivocado.

De la pared colgaba una guía.

Empezó a buscar las estaciones de servicio correspondientes al condado del lago Indio, en el camino a San Diego. Tenía que ser la primera después de Santa Cecilia.

Ya la tenía. Se puso a marcar y de pronto oyó una voz:

—Deje ese teléfono.

Giró la cabeza y vio que el viejo la estaba apuntando con el rifle.

—Señorita Martin, le he dicho que deje ese teléfono.

—¿Quién le ha dicho mi nombre?

—Usted lo sabe ya.

—Oyó hablar de nosotros por la radio. ¿Qué es lo que ha hecho, señor Miller?

—Llamé al comisario.

—¿Eso hizo?

—Era mi deber.

—¡Dios mío! Nos va a entregar.

—Ustedes son fugitivos de la justicia.

—Pero somos inocentes.

Miller soltó una risita.

—Todos dicen lo mismo.

—Le juro que es verdad, señor Miller. Esa mujer que está durmiendo en su casa...

—Es la loca —le interrumpió Miller.

—No, señor Miller. No está loca... La metieron en una clínica psiquiátrica injustamente. Sus primos quieren heredarla... El comisario Jack Grant está de acuerdo con ellos.

—¿Qué?

—El comisario aceptó el soborno.

—Deje que me ría.

—Puede reírse lo que quiera, señor Miller. Pero le estoy contando la verdad.

—Cuelgue el teléfono.

—¿Qué va a hacer?

—Usted volverá conmigo a la casa y esperaremos a que ellos lleguen.

—Oh, no, señor Miller.

—Obedezca.

La joven dejó el teléfono en el gancho. Estaban perdidos. Frank nunca se enteraría de la trampa que se estaba cerrando alrededor de ellos.

Salieron de la casa y se dirigieron a la cabaña.

—Entre —dijo Miller.

—Señor Miller, usted no debería consentir que se cometiese una injusticia con dos mujeres.

—No es cuenta mía.

Los dos entraron en la cabaña.

De pronto oyeron un grito como un largo aullido. Era Stella.

—Con que no estaba loca —dijo Miller, mirando la puerta del dormitorio.

—No lo está.

—¿Y eso?

—Sufre pesadillas. Pero si a usted le hubiesen hecho lo que le hicieron a ella, también las tendría. Se lo he explicado, señor Miller. La quisieron volver loca y se valieron de algo muy infame. La prima de Stella, Margaret Wilson, fue sustituida por otra mujer.

—¿Para qué?

—Le dijeron a Stella que la sustituta era Margaret. ¿Lo comprende? Y el comisario dio su consentimiento y se prestó a representar un papel en aquella espantosa tragedia.

—No la creo.

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció Stella tambaleándose.

—Susan... Por fin te encuentro... Creí que te habías marchado... Soñé que estaba otra vez en aquella horrible celda... ¿Qué pasa?... ¿Por qué el señor Miller te está apuntando con el rifle?

—El señor Miller nos vendió. Llamó al comisario.

—¡Oh, no!

—He tratado de convencerlo contándole nuestra historia, pero no me cree.

Stella miró a Miller con ojos suplicantes.

—Señor Miller, Susan le ha dicho la verdad. He sido víctima de un complot. Usted parece un buen hombre, y no puede consentir que se cometa otro crimen.

—¿Otro crimen?

Susan sacudió la cabeza.

—Todavía no le dije qué la mujer que utilizaron esas personas para sustituir a Margaret fue asesinada para que no cantase. La mataron a sangre fría. Con una navaja barbera. Miller se rascó la cabeza.

—Es absurdo.

—No lo es, señor Miller.

De pronto oyeron el motor de un coche.

Todos miraron hacia la puerta.

—¡Señor Miller! —gritó Susan—. ¡Déjenos escapar!

—No.

—¡Nos matarán! ¡Se lo aseguro!

—El comisario no puede matarlas. Se las llevará a la cárcel, con su amigo Frank y tendrán un juicio. Así lo dice la ley.

—No ocurrirá nada de eso, señor Miller. Piensan matarnos y, si usted trata de impedirlo, también lo matarán.

—¿Pretende asustarme?

El coche se detuvo cerca de la cabaña, y Stella dijo desalentada:

—Ya es demasiado tarde.

Miller abrió la puerta con la mano izquierda.

Entraron Max Kerrigan, James Wilson y Margaret.

El periodista tenía una pistola en la mano.

Miller hizo un gesto de asombro.

—¿Y el comisario?

—No ha venido con nosotros —le contestó el periodista.

—¿Por qué no?

—Nosotros estábamos más cerca y Jack Grant nos dijo que nos adelantásemos.

—¿Quiénes son ustedes?

Fue Susan quien le contestó.

—Ella es Margaret, la prima de Stella. El que está a su derecha es su marido, James. Y el que está hablando con usted es un periodista, Max Kerrigan. Y los tres juntos forman una pandilla sin escrúpulos dispuestos a seguir matando a sangre fría.

Miller parpadeó.

¿Qué contestan a eso?

—Está mintiendo —repuso Kerrigan—. Somos las personas que ella dice, pero no somos asesinos. La chica se escapó de la clínica y hemos de devolverla para que continúe el tratamiento.

Stella se apoyó en la pared, vencida, desalentada.

Susan apretó los dientes.

—Señor Miller, puede estar satisfecho. Va a colaborar en un crimen masivo.

Kerrigan sonrió.

—Vámonos ya. En marcha, muchachas.

Miller movió la cabeza en sentido negativo.

—No, ellas no van a salir de aquí, señor Kerrigan.

—¿Cómo ha dicho?

—Esperaremos al comisario. El tendrá que aclararme muchas cosas. Y será mejor que no me apunte con esa pistola, señor Kerrigan.

CAPÍTULO XV

Max Kerrigan hizo un gesto rabioso.

—Señor Miller, hizo usted algo bueno al informar al comisario de que había atrapado a los fugitivos. Recibirá una recompensa por ello.

—El comisario me dijo que me daría cien dólares.

James intervino.

—Yo leudaré ahora mismo trescientos. Es todo lo que llevo encima.

Kerrigan sonrió.

—¿Lo ve, señor Miller? No perdió su tiempo.

James sacó un fajo de billetes.

Miller volvió a negar con la cabeza.

—No quiero su dinero, señor Wilson.

—¿Por qué?

—He pensado por un momento que ellas tuviesen razón. Y no me perdonarla nunca que ustedes las matasen.

Margaret gritó con rabia:

—¿Es que se ha vuelto loco, viejo estúpido?

—No, señora. No me he vuelto loco. Sólo quiero que se hagan las cosas como se deben hacer. El comisario se ocupará de ellas. Es a quien corresponde porque es una autoridad. Guarde esa pistola, señor Kerrigan.

El periodista asintió.

—De acuerdo.

Metió la pistola en su bolsillo pero, de pronto, saltó sobre el viejo. Logró agarrar el rifle y los dos cayeron en el suelo forcejeando.

Susan reaccionó rápidamente.

Pegó un puñetazo a Margaret y la derribó porque logró alcanzarla entre los dos ojos.

James saltó sobre Susan, pero la joven le pegó un zarpazo en la cara.

—¡Stella, echa a correr!

Stella salió de la cabaña.

Susan pegó otro zarpazo en la cara de James y corrió detrás de Stella.

El viejo y Kerrigan seguían luchando por la posesión del rifle.

Susan vio a Stella a lo lejos y fue tras de ella.

Bajaron por una ladera.

De pronto oyeron un disparo a su espalda y luego la voz de Kerrigan.

—¡Podemos matarlas! ¡Ahora tenemos un motivo!

Susan tropezó con una piedra y rodó por tierra pegando un grito.

Stella fue a su lado y la ayudó a levantarse.

—Me he torcido un tobillo, Stella. No puedo seguir corriendo. Márchate tú.

—No.

—Te digo que te marches antes de que nos atrapen a las dos.

—Allí hay una cueva. Apóyate en mi hombro.

—Quiero que te alejes de mí.

—No me iré. De modo que si prefieres que nos cojan aquí...

—Está bien.

Se apoyó en los hombros de Stella y las dos muchachas se dirigieron hacia una de las entradas de la cueva. Era una de las galerías de las minas abandonadas.

Vieron rocas que se habían desprendido de las paredes.

—Esto se puede desmoronar —dijo Stella.

—Han aguantado durante mucho tiempo. ¿Por qué no van a aguantar un poco más?

Oyeron otra vez la voz de Kerrigan.

—¡Han entrado en la mina!...

—Nos han descubierto —dijo Susan.

Siguieran avanzando en la oscuridad, tanteando con las manos. La galería se bifurcaba en dos caminos.

—¿Por dónde seguimos? —inquirió Stella—. Da lo mismo.

—Tienes razón.

Eligieron el camino de la izquierda.

—Pobre señor Miller —dijo Stella—. Al final se puso de nuestra parte... Lo habrán matado...

—Quizá no.

—Para esa gentuza no tiene ningún valor una vida más o menos.

—Calla, Stella. Las voces se oyen.

Siguieron avanzando en silencio.

Poco después llegaban a un ensanchamiento.

Las dos jóvenes sudaban copiosamente.

—No puedo dar un paso más, Stella —murmuró Susan—. Sigue tú. Ya hiciste bastante por mí. Yo me esconderé.

—Nos esconderemos las dos. Miraron a untado y a otro.

—Allá arriba —dijo Susan, señalando la parte más alejada del camino que las había llevado hasta allí.

Treparon por entre las rocas.

De pronto oyeron muy cercana la voz de Kerrigan.

—Las atraparemos, Margaret. Ellas mismas se metieron en la ratonera.

Las dos jóvenes se sentaron en el suelo.

Desde allí vieron aparecer una luz.

Era Kerrigan que portaba una lámpara en una mano mientras con la otra seguía manejando la pistola. Y detrás de él marchaban Margaret y James.

—Tienen que estar aquí —dijo Margaret con rabia.

Kerrigan se detuvo. Levantó la lámpara para iluminar el ensanchamiento.

—No, no creo que se hayan quedado aquí. Deben haber seguido hacia delante.

Stella movió el pie y una piedra rodó hacia abajo, arrastrando otras piedras. Kerrigan lanzó una carcajada al ver llegar los pedruscos a sus pies.

—Están arriba...

Margaret también rió.

—Yo acerté... Eh, preciosas, ¿por qué no bajáis?

Stella y Susan no contestaron.

Margaret insistió.

—Sería mejor que os dejaseis ver. Sabemos que estáis ahí.

Kerrigan dijo:

—Subiré y acabaré con ellas.

—De acuerdo —asintió James—. Ya estoy harto de seguir simulando la locura de Stella. Pero no deben quedar huellas.

—No te preocupes —le contestó Kerrigan—, provocaré un desprendimiento sobre las muchachas.

—Así estará bien.

De repente apareció el comisario.

—¿Qué pasa aquí?

También él tenía una pistola en la mano.

—Por fin las atrapamos —contestó Kerrigan—. Están escondidas allá arriba. —¿Quién hirió a Miller?

—Yo— dijo Kerrigan —pero creí haberlo matado.

—Sólo está herido. ¿Por qué disparaste contra él, Kerrigan?

—Ese viejo imbécil trató de ayudar a las chicas. Ellas lo convencieron de que somos una pandilla de asesinos. Tendremos que matar también a Miller.

El comisario se pasó una mano por la cabeza.

—Muertes y muertes.

—Las cosas vinieron así.

—No vinieron. Tú las provocaste, Kerrigan. Y no se va a matar a nadie. Me voy a salir de este puerco asunto.

—No, comisario. Tú no te puedes salir —dijo Kerrigan y apretó el gatillo.

Jack recibió la bala en el pecho y cayó herido hacia atrás mientras disparaba también.

Pero su bala fue a golpear contra una de las paredes.

Los estampidos sonaron como cañonazos.

De repente una roca empezó a desgajarse desde lo alto.

Margaret lanzó un chillido.

—¡Un desprendimiento!

Vieron aterrorizados cómo tras aquella roca venían muchas más.

Stella y Susan estaban alejadas del lugar en que se había originado aquel alud.

James y Margaret echaron a correr, pero lo hicieron demasiado tarde.

Fueron alcanzados y arrollados brutalmente por tres enormes rocas.

Kerrigan se libró por haberse quedado quieto.

Stella y Susan se habían puesto en pie.

Kerrigan levantó la pistola para disparar.

Sonó un disparo.

Pero no era Kerrigan quien lo había hecho, sino Frank Connors, que acababa de entrar.

La bala perforó la cabeza de Kerrigan, ya que le entró por el pómulo derecho y le salió junto a la oreja izquierda.

Cayó como un fardo.

Susan gritó:

—¡Jefe...! ¡Amado jefe!... ¡Amadísimo jefe!... ¿Cómo volviste tan pronto?

—Vi los faros de un coche que subía por la montaña y decidí regresar. Ven aquí, secretaria.

—No puedo. Me torcí un tobillo.

Frank subió.

Stella lo recibió echándole los brazos al cuello y le dio un beso en la boca, beso que Frank prolongó mucho.

Susan, que estaba sentada en el suelo, carraspeó.

—Deja algo para mí, granuja.

* * *

El comisario, que vivió dos días, confesó la verdad acerca de Stella Roberts y de todo lo relacionado con sus primos y Kerrigan.

El minero Miller sanó de su herida y fue recompensado por Stella, la cual se marchó a Europa para recuperarse de su amarga experiencia. Pero antes entregó a Frank Connors un cheque por veinticinco mil dólares.

Para entonces ya había sido encontrado el cadáver de Anette Hamilton, que fue arrojado al lago por Kerrigan, su asesino.

El doctor Burton no había estado relacionado con el plan diabólico de Margaret y James Wilson. Se limitó a tratar a Stella como a una demente, poniendo de manifiesto su incompetencia.

Y un día de sol espléndido, Frank Connors se casó con Susan Martin porque llegaren a la conclusión de que no podían vivir el uno sin el otro.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).